

1.3. LAS REVUELTAS ÁRABES: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Òscar Monterde ¹

El año 2011 se reconoce ya como un momento clave en la historia de los países árabes. Las revueltas, los levantamientos por la dignidad y la justicia social iniciados a finales de 2010 y que siguen hoy en un final abierto, han señalado un antes y un después para la historia de los países árabes, una de aquellas fechas en que parece que el tiempo se acelera y que de un día para otro las cosas ya no volverán a ser como antes.

La historia sin embargo no cambia de un día para otro y los cambios son fruto de procesos más amplios, de múltiples causas que se han ido gestando durante años. Son estos procesos los que nos ayudan a comprender mejor cómo hemos llegado hasta este punto determinado de cambio, y por lo tanto serán estos procesos los que nos ayuden a comprender mejor las consecuencias y los caminos que se abren a partir de este momento.

Es a partir de esta premisa que intentaré realizar una aproximación a las revueltas árabes y a los procesos de cambio político desde una perspectiva histórica, es decir, analizar cómo se han gestado y han evolucionado los elementos más destacados de las revueltas. Por lo tanto, sin pretender realizar una historia completa de la región pero sí ofrecer una mirada retrospectiva de aquellos elementos que podemos señalar como significativos del cambio político: la tipología de los regímenes y su legitimación, los cambios

¹ Òscar Monterde, investigador en formación del Centre d'Estudis Històrics Internacional de la Universidad de Barcelona.

demográficos y generacionales, la revolución digital, los actores políticos y sociales, y finalmente las influencias regionales e internacionales. Mantendré una óptica regional con el objetivo de enfocar las características comunes de estos procesos y al mismo tiempo compararlos señalando y distinguiendo las particularidades de cada territorio.

Sin ser un análisis de fondo, se trata de una aproximación -a partir de algunos estudios, bibliografía y artículos que han aportado luz histórica- que nos permita mirar atrás, reflexionar, y entender mejor los actuales procesos de cambio político y transición regional de los países árabes.

Estados rentistas y regímenes autoritarios: renta, represión y retórica

Las revueltas de 2011 han llevado a un proceso de cambio político a distintos países árabes. A pesar de que los regímenes mantienen sus principales estructuras, y no se ha producido en todos los lugares de forma masiva un cambio de las élites de poder en los distintos estados, se ha evidenciado la fragilidad de unos regímenes que parecían inamovibles y que se mantenían bajo lo que podríamos generalizar con una fórmula basada en tres elementos: la renta, la represión y la retórica (Merlini y Roy, 2012).

Las diferencias políticas de los distintos estados árabes y su evolución histórica son considerables. A pesar de todo, podemos distinguir algunos elementos o tendencias comunes o comparables que nos ayuden a entender mejor tanto el funcionamiento de los mismos como el contexto político y económico en los que estallan y se contagian las revueltas.

Los estados árabes nacidos de los distintos procesos de independencia se estructuraron en una lógica poscolonial en la que el Estado devino uno de los principales recursos de poder y las élites que lo controlaban desarrollaron un fuerte sistema corporativo y rentista (Izquierdo, 2009). El ejército, el monarca o el presidente de la república u otras estructuras del estado se erigieron como los pilares de los nuevos regímenes. Según propone Gema Martín Muñoz (1999:17-18):,

Al mismo tiempo, y especialmente durante la guerra fría, muchos de los estados ya independizados aprovecharon la confrontación internacional y pidieron ayuda a las superpotencias para enfrentarse con las crisis internas así como para enfrentarse a sus oponentes regionales.

De esta forma pudieron extraer rentas estratégicas y mantuvieron la figura del Estado como el principal recurso de poder, limitando el acceso al mismo y fortaleciendo la competencia por su control, aumentando de este modo el corporativismo de estado y la represión contra los oponentes interiores. Finalmente, la retórica, ya sea panarabista, islámica o bien contra el enemigo interno como el islamismo, o el enemigo externo como el Irán chií o Israel, fue una de las principales fuentes de legitimación de estos regímenes.

Naser impulsó un proceso de estatalización en Egipto, con el cual el papel del ejército pasó a ser fundamental en la vida política interior del país. La nacionalización de los principales medios de producción, a finales del período naserista, dejó en manos del sector público los principales recursos económicos del país. Además, la inclusión de la cultura y el saber en este proceso hicieron del estado y la retórica nacionalista el elemento legitimador del régimen. De este modo, como apunta Sophie Pommier (2009:66),

con la hipertrofia de la burocracia, la antigua burguesía cedió lugar a una nueva burguesía estatal.

Así, la participación política de las masas en la vida del país no era real, su peso era insignificante, con muy poca capacidad de influir en la acción política, y con un control de los cargos locales que seguía en manos de los notables. (Pommier, 2009). La línea roja de crítica al régimen era infranqueable y la crítica y la oposición política serán reprimidas y castigadas con firmeza (Ayubi, 1998).

En el Túnez de Bourguiba se erigió un modelo similar, muy populista donde el *rais* era el elemento de conexión con el pueblo. Si en el Egipto de Naser, el ejército y la burocracia fueron los ejes del poder, la estructura de poder en

Túnez se fue construyendo a través del partido y la burocracia (Ayubi, 1998: 301).

En Arabia Saudí y en otros países del Golfo, la estructura de poder se erigió en torno a la familia real, que constituía una extensa red burocrática, clientelar, familiar y religiosa, que se alimenta de las rentas del petróleo. Después de períodos de cierta inestabilidad en los años cincuenta y sesenta, producida por la contestación de algunas tribus y élites locales, a partir de los años setenta el boom del petróleo conllevó una pacificación. Con las rentas del petróleo, las economías de los países del Golfo pasaron a ser estrictamente rentistas.

A partir de los años setenta, después de la derrota en la guerra de 1967, cambiaron los liderazgos regionales y las dinámicas políticas de muchos países se fueron adaptando al nuevo contexto regional. Los países que habían establecido modelos económicos socialistas transitaron hacia un liberalismo de Estado. La ideología panarabista fue sustituida por un nacionalismo de Estado que no conseguirá frenar la crisis de legitimidad en la que se había entrado tras la derrota de 1967. En este proceso, como veremos más adelante, el islamismo se erigió como el principal elemento contestatario.

Las transformaciones económicas de este período no van a significar, sin embargo, un proceso de apertura política. La liberalización económica se transformó en un capitalismo de Estado. Las rentas obtenidas ya sea del petróleo o de la alianza geoestratégica, no significaron ni el equilibrio ni el desarrollo de nuevas clases sociales sino que, al contrario, la frontera entre ricos y pobres se amplió de manera significativa. Con la disminución de las rentas a partir de los años ochenta, la crisis fiscal del Estado conllevó una serie de reformas económicas inducidas por la comunidad internacional y por un nuevo modelo de desarrollo basado en la economía financiera y en el sector privado. Los procesos de privatización, sin embargo, no encajaban con las estructuras políticas y sociales desarrolladas en los años anteriores y se

llevaron a término bajo distintos modelos;² generalmente, el Estado mantuvo el control sobre los grandes sectores de la producción y pudo continuar jugando al control de las rentas del exterior a cambio de garantizar los intereses geoestratégicos a las grandes potencias. Estas medidas económicas tuvieron consecuencias desastrosas para el conjunto de la población. Además de la crisis y dependencia económica en la que entraron algunos países, la represión política contra cualquier forma de contestación al modelo impuesto se fue consolidando como la forma de mantener el poder de la élite estatal e imponer mandatos y reformas dictados por la comunidad internacional. Esto influyó profundamente en la radicalización de la contestación social y política que analizaremos más adelante.

El Egipto de Sadat es un caso ejemplar de este proceso. El mandatario, tras sustituir a Naser en el poder, inició un importante período de reformas centradas en la apertura de los mercados, la alianza con Occidente, y un proceso de desarrollo basado en la tecnología exterior, el capital árabe y la capacidad egipcia (Pommier, 2009:75). El modelo de crecimiento seguía fundamentado en las rentas exteriores, las remesas de los inmigrantes, y los ingresos del canal de Suez y del turismo, dejando en un segundo plano las inversiones en actividades productivas.

Con la crisis de los años ochenta y debido a la presión de los organismos internacionales, se dejaron de subvencionar los productos de primera necesidad. La subida de los precios fue fuertemente contestada por la población y por los sectores de la izquierda que poco a poco habían estado apartados de la nueva organización política. La apertura política de Sadat no había hecho otra cosa que sustituir la estructura de partido único por una nueva estructura de partidos que se agruparon bajo el Partido Nacional Democrático, una red clientelar que garantizó al presidente el control del Parlamento. La paz con Israel de 1979 garantizó una nueva partida importantísima de rentas

² Un análisis más detallado de dichos procesos lo encontramos en Ayubi, 1998:484.

exteriores y la alianza militar con Estados Unidos. La liberalización económica llevó a una dependencia exterior y al endeudamiento constante del país.

En Siria, las diferencias fueron sustanciales. Tras el golpe militar de Salah Yaidid en 1966, el gobierno fortaleció las relaciones con la URSS. Con el control del ejército, la minoría alauita se impuso a la mayoría sunita del país. Después de la derrota de 1967, enfrentada a Israel, distanciada de Egipto y hostil a Jordania tras el Septiembre Negro, Siria quedó aislada en la región (Álvarez Ossorio, 2009:97-107). El ascenso al poder de Hafez Al Asad en 1970, modificó esta situación. El nuevo mandatario se acercó a Egipto y a Arabia Saudí al mismo tiempo que combinaba en su política interior un modelo estatista heredado de Yaidid que promovía a las clases más bajas, y un modelo de liberalización que le permitía extender sus apoyos entre las otras minorías del país (Seale, 1988:169 citado por Álvarez, 2009: 109).

El aparato de seguridad, sin embargo, se mantuvo exclusivamente en manos alauitas, que extendieron un aparato de represión y control por todo el país. También lo estarán el ejército, al que dotó de privilegios, y el aparato político, el partido, que fue acompañado de una apertura política a través de la Asamblea del pueblo que permitía donar carteras o algunas oportunidades a otras formaciones políticas y de una constitución que garantizaba el poder alauita, consiguiendo así la estabilidad interior del país. (Álvarez, 2009:108-116).

La dependencia de Siria, respecto a la financiación externa fue problemática y, de esta manera, a mediados de la década de los ochenta, el endeudamiento obligará a recortar el sector público (Ayubi, 1998:525). Sin embargo, nuevas reformas políticas permitieron seguir dejando acceso al Estado a algunos grupos sin que estos se pudieran organizar como fuerza social y controlarlo (Ayubi, 1998: 614).

En Túnez, el inmovilismo político de Burghiba sólo se vio alterado por la crisis económica que obligó al Estado a recurrir a la ayuda internacional y a someterse a las recetas del FMI y el BM (Ayubi, 1998: 512). Este proceso permitió al clan Ben Alí desarrollar un fuerte poder económico, a través de redes clientelares, y, con el golpe de Estado de 1987, acceder al control del Estado.

Argelia, se constituyó sobre una triple legalidad: histórica -con la guerra revolucionaria de liberación-, populista y desarrollista. (Segura, 2001:123). El golpe de Estado de 1965 encabezado por Huari Bumedián, puso al frente de la vida política al ejército. La Constitución de 1976 mantuvo al ejército y al partido único como elementos vertebradores del Estado. Durante la década de los ochenta, el crecimiento demográfico, la emigración del campo a la ciudad, y una crisis económica fruto de la caída de los precios del petróleo, provocaron una serie de protestas y una reacción contra el sistema burocrático estatal y el ejército, que eran los principales beneficiarios del modelo político y económico dominante.

En los estados del Golfo Pérsico como ha expuesto Nazih N. Ayubi (1998: 555), el boom del petróleo permitió una mayor distribución de las rentas y una inversión masiva en la gestión del crecimiento urbano, al mismo tiempo que se fue desarrollando una economía vinculada a la transformación del petróleo y una economía industrial que utiliza la energía local pero importa las materias primas desde muy lejos. De esta forma, el sector privado continuó dependiendo financiera y económicamente del Estado. El desarrollo hipercentralizado de las grandes ciudades fue conformando un sistema muy polarizado entre, por un lado, las estructuras familiares que controlan el Estado y los ciudadanos beneficiarios de la distribución de las rentas y las tierras, y por otro lado los nómadas y trabajadores inmigrantes que fueron conformando amplias mayorías en estos países. Políticamente, los distintos emiratos han mantenido unos sistemas internos muy autoritarios, no de carácter personal sino familiar. Las familias reales son extensas y sus miembros se han distribuido la supervisión y el control de los principales recursos de poder del Estado (incluido el militar), admitiendo en este proceso un número suficiente de gente de las clases más bajas para mantener la cohesión interna, a la vez que se usa la represión sistemática contra toda expresión de oposición en un marco de corrupción generalizada (Ayubi, 1998: 555).

El nuevo orden mundial después de la guerra fría dibujó una nueva estrategia por parte de los EUA. Las reformas económicas y los procesos de liberalización

lanzadas a lo largo de los años ochenta, habían afectado profundamente las economías de toda la región. Como afirma Gema Martín (1999:109):

Dichas transiciones respondían fundamentalmente a una «estrategia de supervivencia» de la élite gobernante que, atendiendo a dosis homeopáticas a las presiones sociales que reclamaban cambios políticos y económicos, buscaba preservarse de asumir transformaciones profundas que implicasen, de hecho, el reparto del poder.

Esta estrategia dio lugar al enfrentamiento entre agentes sociales y actores de la oposición, con consecuencias y derivas políticas muy distintas en cada país. Esta situación, por una parte, demostró la capacidad de resistencia de algunos regímenes y por otra mostró la fragilidad por la que estaban sostenidos. El hecho es que mantuvieron una dura represión contra toda oposición política, especialmente después de los atentados del once de septiembre cuando pudieron utilizar la retórica de la lucha contra el terrorismo islamista y seguir recibiendo el apoyo incondicional de la política neoconservadora de George Bush.

La crisis económica mundial de 2008 tuvo graves consecuencias económicas entre la población de la gran mayoría de los regímenes árabes, al tiempo que las élites gobernantes estaban más preocupadas en su relevo generacional y en el mantenimiento del poder dentro de las mismas familias del régimen, ya fueran monarquías o repúblicas. Además, con la guerra de Irak, la alianza de algunos regímenes con los Estados Unidos de George Bush había deslegitimado aún más a los gobiernos frente a su población.

Las revueltas han tenido consecuencias irreversibles: las reformas de algunos regímenes con el objetivo de mantener el poder y controlar el proceso, han sido suficientemente significativas, los procesos de transición iniciados allá dónde fueron derrocados los dictadores, y los enfrentamientos y las guerras civiles allá dónde las revueltas no han conseguido sus objetivos, muestran una situación donde el proceso de cambio político es irreversible y continúa abierto. Sin embargo, las consecuencias y las dinámicas responden también a particularidades internas de cada país.

En el Egipto previo, el asesinato de Sadat y la rápida sucesión de Mubarak demostraron la capacidad de resistencia del régimen. Mubarak, sin embargo, tuvo que recuperar la credibilidad a nivel regional y hacer frente al descontento interior. La retórica contra Israel marcó de nuevo una vía para buscar más legitimidad, al mismo tiempo que la represión interior fue acompañada de la construcción de una oposición admisible que pudiera canalizar el descontento popular (Pommier, 2009).

Las reformas económicas continuaron su camino. El tránsito de una economía rentista a una economía productiva descansaba en la reestructuración del sistema industrial, que continúa siendo aún hoy muy arcaico. Como estudia Sophie Pommier, esta situación incrementó el porcentaje de pobreza extrema y benefició a la burguesía funcionarial. La conflictividad regional estalló de nuevo en este contexto y la dinámica represiva actuó con fuerza contra todos los grupos opositores que ponían en cuestión al régimen a través del boicot electoral o las huelgas en la producción (Pommier, 2009:87). La intención de Mubarak de traspasar el poder a su hijo Gamal, con el objetivo de mantener las estructuras del régimen, acabó de movilizar la contestación social.

La crisis financiera mundial tuvo sus efectos en los centros de producción; las duras condiciones de trabajo, y la pérdida de las expectativas de vida de muchos jóvenes aceleraron las protestas contra el régimen en los años previos a las protestas de Tahrir. En este proceso de privatización que benefició a la burocracia estatal, el ejército obtuvo importantes beneficios y el control de amplios sectores de la producción. La masiva movilización del 25 de enero de 2011, puso en evidencia la pérdida de legitimidad por parte del régimen. La caída de Mubarak inició un nuevo período en la historia de Egipto. En el proceso de transición, el régimen mantiene muchas de las estructuras, y las correlaciones de fuerzas que se siguen demostrando entre la acción desde el poder y desde la calle marcan el proceso de transición y la diversidad de intereses de los distintos actores. La transición ha hecho algunos cambios significativos: fin de las leyes de excepción (a pesar de que siguen siendo un arma del poder para frenar la fuerza de la calle), elecciones libres y

democráticas y un cierto control en la represión. A pesar de que el proceso constituyente sigue abierto, los resultados de las elecciones han dado el poder a las fuerzas de la oposición tradicionalmente organizada y a la vez más conservadora: los Hermanos Musulmanes y los Salafistas, que tienen el reto de reformar y construir el nuevo Egipto. No exenta de divisiones internas, la Hermandad se encuentra ante una responsabilidad histórica de responder a las demandas de la juventud urbana y de las clases más desfavorecidas que sufren las consecuencias económicas de la crisis y que piden mayor justicia social. El ejército, estructura principal del régimen y otra de las fuerzas importantes en dicho proceso, sigue siendo el principal garante de la estabilidad. El juego político con la Hermandad y el control de su poder económico en la nueva constitución le permite de momento seguir siendo una pieza fundamental del régimen (Sáñez, 2012:4)

En Túnez, el golpe de Estado institucional de Ben Alí permitió, como define Sami Naïr, la instauración de un clan mafioso surgido del cuerpo de policía del Estado, donde Ben Alí se había hecho fuerte mediante la corrupción y el establecimiento de fuertes vínculos con la poderosa burguesía tunecina (Naïr, 2012). Una vez en el poder, Alí instauró un sistema basado en la corrupción. La falsa apertura política, como en Egipto, pretendía canalizar y domesticar a la oposición. La impresión de ser un régimen aperturista y mantener una retórica modernizadora permitía al clan legitimar su permanencia. La fragilidad, sin embargo, se demostró cuando Mohammed Bouazizi se quemó a lo bonzo y las protestas que le siguieron encendieron las revueltas que terminaron con el régimen. El proceso de transición abierto en Túnez ha dado la victoria a la oposición islamista, ilegalizada y perseguida durante años en Túnez. Las correlaciones de fuerzas marcan el proceso de transición que está cambiando las estructuras políticas del país y que, por su tamaño, su situación económica y su composición social, constituye un laboratorio de pruebas perfecto (Álvarez-Ossorio, 2012).

Marruecos y Jordania, dos monarquías donde los recursos económicos provinentes en gran parte de las rentas en divisas enviadas desde el exterior

por la inmigración, han hecho del islam su principal elemento de legitimación. La contestación política se ha controlado mediante la acción combinada de un Parlamento con muy pocas competencias, pero que establece ciertas alianzas con el poder, y la represión. Ante las revueltas, las dos monarquías han tenido cintura suficiente como para iniciar cambios políticos en el gobierno e iniciar procesos de reforma política en las estructuras del régimen sin ver cuestionadas sus figuras.

En Libia, tras la Revolución de 1969 contra la monarquía, se había insaturado una República fundamentada en la figura de Muammar Gadafi. Junto con Siria y Arabia Saudí, la *Yamahiriyya* destacó por el férreo control de todo lo que sucedía dentro del país y por la prohibición y la persecución de cualquier atisbo de oposición política. La revolución libia se desarrolló bajo una legitimidad panarabista y sobre las revoluciones socialistas que se habían producido en otros países dentro del contexto de la guerra fría. Sin embargo, el régimen libio poco a poco fue mostrando sus limitaciones para resolver las principales problemáticas del país. El régimen utilizó las redes tribales para repartir las rentas del petróleo, de tal forma que la corrupción y las redes clientelares pasaron a formar parte de la configuración del propio régimen. La búsqueda de legitimidad por parte de Gadafi fue cambiando y pasando del panarabismo al panafricanismo. Sus relaciones con Occidente fueron mejorando y a pesar de las amenazas de renegociar las concesiones para la explotación del petróleo, Libia había firmado diversos tratados con el FMI y mantenía buenas relaciones con los principales países europeos y sus líderes. La crisis económica empeoró las condiciones de vida de la población, mostrando los límites de la escasa distribución de las rentas del petróleo. La fuerte retórica contra el islam político sirvió para estrechar las relaciones con los viejos enemigos de Occidente.

El inicio de las protestas en febrero de 2011 demostró la capacidad de un movimiento de oposición para organizar protestas políticas contra el régimen. Las revueltas fueron sofocadas de una forma brutal, disparando fuego real a

los manifestantes y bombardeando los principales núcleos de las revueltas. La dura represión derivó en el inicio de una guerra civil³ que con ayuda internacional acabó con el régimen de Gadafi y con un linchamiento del dictador. El Consejo Nacional de Transición Libia, espacio de encuentro entre todas las fuerzas políticas de la oposición que habían participado en el conflicto, inició un largo camino hacia la creación de estructuras democráticas. Sin embargo, el control sobre la totalidad del territorio libio por parte del Estado, y de los grupos armados y del armamento distribuido durante la guerra, sigue siendo uno de los grandes retos del proceso. La intervención internacional ha colaborado en las tareas de instauración de las nuevas instituciones, sin embargo, no siempre dando una respuesta a las necesidades de la población civil y priorizando las oportunidades económicas por medio de la renegociación de contratos para la explotación del petróleo y la reconstrucción del país.⁴

La situación en Yemen difiere considerablemente de la de Egipto, Túnez o Siria. Yemen, es el país más pobre del Próximo Oriente y desde los años sesenta el país ha vivido numerosos conflictos entre norte y sur, tribus, y grupos políticos. Saleh, era presidente del Yemen del Norte desde 1978 y con la unificación en 1990 se convirtió en presidente del Yemen Unificado. El conflicto volvió a estallar en 1994, cuando el ejército sofocó una serie de revueltas desencadenadas en el sur. Las tribus Chiíes que se sintieron excluidas tras la revolución, también protagonizaron una serie de sublevaciones que fueron sofocadas con violencia. A pesar de la adopción de un sistema multipartidista, Saleh se mantuvo al frente del gobierno estableciendo alianzas con los principales grupos opositores y con las principales tribus del país, y por medio de la cooptación individual, dirigida tanto a líderes tribales como a clérigos religiosos e intelectuales de la élite política y

³ Una aproximación periodística sobre el terreno sobre de la evolución de la guerra la encontramos en Arce, 2012.

⁴ Un análisis sobre la situación libia es el de Bruce, 2011. Véase también la visión de la comunidad internacional en el Consejo de Seguridad Naciones Unidas, *Informe del Secretario General sobre la Misión de Apoyo de las Naciones Unidas en Libia*, 1 de Marzo de 2012. S/2012/129.

social del país (Álvarez Ossorio y Gutiérrez, 2011:95). Mediante la corrupción las rentas del petróleo quedaban concentradas en la órbita del presidente, mientras gran parte de la población vivía en la extrema pobreza. Las crisis económica, política e institucional fueron los factores claves para que los jóvenes universitarios salieran a la calle siguiendo la estela de Túnez y Egipto. La inestabilidad del Yemen, un estado con una población de 23 millones de personas y 60 millones de armas y donde el Estado no controla la totalidad del territorio -parte del cual está bajo el control de Al-Qaeda-, ha marcado profundamente los acontecimientos de la revuelta siempre con el peligro de que se reavivaran conflictos anteriores y terminaran en una guerra civil. Sin embargo, la retirada de Saleh ha abierto una cierta posibilidad de llevar a cabo un proceso de transición, donde los jóvenes ya no son los protagonistas, sino que los líderes de la oposición tradicional han aprovechado para sacar rédito y establecer y renegociar nuevos pactos dentro de este proceso (Rodríguez, 2012).

El régimen sirio parecía haber resistido a las revueltas que se estaban extendiendo por el mundo árabe, y pese a compartir los principales factores desestabilizadores, parecía que la despolitización de la sociedad y el monopolio del partido Baaz podrían resistir a las olas de cambio iniciadas en Túnez y Egipto. Durante los años noventa, Siria se había acercado a Washington y había participado en conversaciones de paz con Israel. La muerte de Hafez al-Asad y su sucesión por su hijo Bashar el 10 de julio del año 2000, depositó esperanzas de cambio internas, sin embargo la nueva geopolítica de George Bush buscó acorralar a Siria y reabrir la confrontación regional, especialmente a partir de la guerra de Irak en 2003 (Álvarez-Ossorio, 2009). Como señalan Álvarez-Ossorio y Gutiérrez (2011:183-184), la particularidad Siria ante las revueltas árabes residía

en la fragmentación social entre las distintas etnias y religiones del país y sus alianzas con el régimen que dificultaron la organización de las movilizaciones y la incompleta liberalización económica que permitió al régimen mantener un discurso populista y social frente al conjunto de la población. Bashar Al Asad, disfrutaba aún de una cierta popularidad, y a pesar de la primavera de Damasco en el año 2001, Bashar seguía

encarnando la modernidad y la voluntad de cambio, a ojos de muchos sirios, que echaban la culpa del inmovilismo a los sectores de la “vieja guardia”.

Sin embargo, la llama acabó también prendiendo en Siria. Las movilizaciones del 15 de marzo de 2011, fueron multitudinarias y su represión sin escrúpulos acabó generalizando la protesta. La dinámica represiva terminó como en el caso de Libia, en un enfrentamiento civil. Sin embargo, se ha prolongado en el tiempo desestabilizando toda la región, y donde los distintos actores regionales la utilizan como campo de batalla para imponer un nuevo orden regional. Ni la llamada comunidad internacional ni una oposición muy dividida han conseguido controlar el conflicto. La cuestión principal sigue siendo hoy evitar un vacío institucional, la fragmentación territorial y la sed de venganza, y controlar a las milicias armadas que actúan sin control (Vidal, 2012).

Los países del Golfo no quedaron al margen de las revueltas. La crisis de legitimidad de sus gobiernos se vio afectada también por la contestación de la población civil exigiendo dignidad y justicia social. Donde tuvieron más fuerza las protestas fue en el emirato de Bahrein, con una estructura de estado rentista gobernado por la dinastía familiar suní al-Jalifa, con una población autóctona del 44% del cual el 70% son chiíes. El poder financiero y turístico contrasta con los suburbios de infraviviendas de mayoría chií (Rodríguez, 2012:320) Con una oposición que venía organizando protestas desde hacía años y había obligado a efectuar ciertas reformas cosméticas tras la sucesión en el trono en 1999, las revueltas prendieron en seguida entre la juventud urbana del país y la comunidad chií que recibía un trato de desigualdad respecto la minoría suní. La respuesta del régimen consistió en sofocar las revueltas, con ayuda del Consejo de Cooperación del Golfo, y una persecución y represión contra la disidencia política, que continúa organizándose y luchando por la dignidad y la justicia social.

Las revueltas árabes han puesto así en cuestión la legitimidad de los regímenes árabes, basados en la renta, la retórica y la represión. Las consecuencias políticas como hemos visto han sido distintas en cada país y

territorio. El proceso sigue con un final abierto, aunque todos los regímenes se han visto obligados a responder a su pérdida de legitimidad y al cambio social que se venía anunciando en las últimas décadas.

Demografía, urbanización y cambio social

La situación demográfica y los procesos de urbanización son dos elementos claves para entender el contexto social en el que estallaron las revueltas de 2011. Estos dos factores han sido claves en los cambios sociales de las últimas décadas en los países árabes. A pesar de que podemos señalar algunas tendencias similares, estos países no constituyen un conjunto homogéneo y los contextos sociales son distintos en cada país o región.

Los estados árabes tienen hoy una población de 318,5 millones de habitantes, con una tasa de crecimiento de 1,9 y una tasa de fecundidad de 3. Podemos destacar cómo a partir de los años setenta iniciaron una transición demográfica larga y profunda, y a pesar de que en algunas regiones ya se estabiliza el proceso, otras aún se encuentran dentro de él:

Tanto la existencia de una tasa demográfica muy elevada durante el período postcolonial del Estado desarrollista, como la ampliación del período de la adolescencia por razones sociales, han traído como consecuencia que hoy día la población árabe considerada dentro de la categoría social joven (por debajo de los 25 años) suponga más del 65% de la población total de los países árabes. (Martín, 1999:227)

Así, estos países se encuentran en el nivel más alto de una plétora demográfica juvenil. Este proceso ha significado una transformación social en todos los países que ha afectado a los cambios políticos y a la confrontación social en la región. En 2009 la media de edad entre la población árabe era de 22 años (Khader, 2010:374-5).

El proceso de transición demográfica en los países del Magreb se encuentra en una fase más avanzada:

A pesar de que entre 1970 y 2007 el Magreb dobló la población, el crecimiento ha disminuido claramente en el transcurso de los últimos 25 años. Esta estabilización

general de la fecundidad se explica por la urbanización, la formación de las mujeres, su participación en el mercado laboral, las políticas de planificación familiar, el aumento de la edad de matrimonio, entre otras, también de carácter geohistórico, político y económico. En este sentido cabe destacar el proceso de salida progresiva de las economías rentistas y el cambio de las estructuras familiares amplias que mantenían una fecundidad elevada (Khader, 2010:374-5).

Los programas de planificación familiar empezaron en 1964 en Túnez, y en 1966 en Marruecos. En Argelia, país mucho más dependiente de las rentas del petróleo, no empezaron hasta 1984 con Chadli Benjedid. El factor educativo también ha influido en este cambio. La incorporación de la mujer al sistema educativo y la necesidad de incorporarla también como parte activa en la economía familiar ha cambiado las estructuras de la familia. La incorporación de la mujer a la esfera pública, especialmente en el medio urbano, es un factor clave en este sentido, a pesar de que las tasas siguen siendo bajas y las diferencias entre Túnez, Marruecos o Argelia siguen siendo destacadas. Las tasas de fecundidad empezaron a disminuir a partir de la década de los setenta, excepto en Libia y en Argelia, que lo hicieron a partir de la década de los ochenta. Si la media en el norte de África se encontraba en el 6,21 en el período de 1970-75, en 1990 había disminuido al 3,95 y en 2005-2010 se encontraba en el 2,46. Lo mismo pasó con la esperanza de vida, que subió en esta región de 53,4 años en los setenta a los 72,5 años a principios del siglo XXI (Khader, 2010:374-5).

Oriente Medio, se encuentra en una situación algo distinta. Las economías rentistas siguen teniendo un fuerte peso en el mantenimiento de las estructuras familiares y mantienen tasas de fecundidad más elevadas. Las medias regionales en las tasas de fecundidad siguen siendo en torno al 3, a pesar de que algunos países como Palestina, Jordania o Siria superan la media regional. Al mismo tiempo la conflictividad en la región ha modificado las estructuras demográficas, con un elevado porcentaje de refugiados ya desde 1948, la expulsión de los palestinos influyó en las estructuras demográficas de los países donde se instalaron. La guerra civil libanesa, las guerras del Golfo y el conflicto árabe-israelí, son factores a tener en cuenta en el estudio de la

demografía de Oriente Medio. Las diferencias entre los países de esta región también son notables, especialmente por lo que se refiere a los países del Golfo. La concentración urbana, la recepción de una inmigración procedente de otros países árabes y de otras comunidades asiáticas ponen a estos países en una fase distinta, donde los porcentajes de jóvenes son menores. A pesar de todo, el crecimiento demográfico ha sido importante y afecta hoy de forma notable a la organización económica y la distribución de las rentas del petróleo y sus derivados.

Este proceso de transición demográfica ha evolucionado al mismo tiempo que un proceso de urbanización acelerado y sin apenas estructuración (Martín, 1999:228). Estos procesos son muy diversos en cada región, país o ciudad del mundo árabe. El fenómeno de la urbanización es común al que se produce a nivel mundial; la conclusión es que, en el mundo árabe, los puntos de partida son distintos y dibujan un escenario complejo y heterogéneo.

La explosión urbana arranca en general durante el período colonial. Solo entre un 6 y un 8% de la población vivía en las ciudades antes de la colonización. El proceso de urbanización se intensificó tras las independencias “resultado de un menor control en los desplazamientos o por la puesta en marcha de políticas industrializantes” (Martín, 1999:228). En 1970, la población urbana de Marruecos era de 5,3 millones de personas, hoy se sitúa en torno a los 18,4 millones. Egipto pasó de 14,8 millones a los 31,6 millones actuales, sin embargo sigue representando sólo un 43,5% de su población. Estas cifras contrastan con las de los países del Golfo, donde más del 80% de la población vive en las ciudades y donde la organización estatal se construye ya desde el período colonial en torno a las mismas (Khader, 2010).

Así, la dinámica urbanizadora en los países árabes varía considerablemente de unos lugares a otros dentro de la región; sin embargo, el proceso de absorción de la nueva población urbana ha tenido y tendrá aún consecuencias importantes en las condiciones socioeconómicas de los distintos países y en la

sostenibilidad regional (Martine, 2009) Los procesos de urbanización han generado fuertes desequilibrios entre las ciudades grandes y las pequeñas, entre el centro y la periferia, y entre los barrios ricos y los pobres. El dinamismo de la construcción irregular -sin permisos ni planificación- ha acentuado el desarrollo de áreas suburbanas sin acceso a los recursos básicos y ha conducido a un incremento notable de los precios de la vivienda. La burocracia y la corrupción de los regímenes dominantes han empeorado aún más esta situación. (Borja, 2009:250).

Los procesos de transición demográfica y de creciente urbanización son el contexto donde se han producido los cambios sociales en los países árabes en los últimos años. La juventud urbana ha sufrido las consecuencias socioeconómicas de este proceso junto con los procesos de liberalización estatal que han desarrollado los distintos regímenes con el fin de favorecer a sus redes burocráticas, familiares, y de otro tipo.

La mayoría de la población ha vivido toda su vida bajo los regímenes dictatoriales y no ha conocido en primera persona las luchas por la liberación, ni la hegemonía cultural panarabista que había marcado profundamente a la generación de sus padres. Las crisis del Estado rentista y los procesos de liberalización han afectado profundamente a las generaciones más jóvenes. Los regímenes postcoloniales dieron una gran importancia a la educación primaria, que se ha universalizado en casi todos los países árabes. De la misma forma, el crecimiento del número de personas con estudios de secundaria y postsecundaria en los últimos años ha sido exponencial. Al mismo tiempo los sistemas educativos se han ido distanciando de las demandas y las necesidades del mercado laboral. Muy centrados en la formación para el trabajo en la burocracia estatal, no responden hoy a las necesidades del mercado, que evalúan a la baja las competencias de los jóvenes en algunos países de la región.

Las tasas de paro afectan de forma determinada a las franjas de edad de la población joven, especialmente entre los jóvenes con titulaciones universitarias que no han visto satisfechas sus expectativas de vida. Los índices de paro se encuentran hoy entre el 20 y el 40% entre los jóvenes (Filiu, 2011:32). Ante esta situación, los jóvenes han buscado nuevos referentes políticos y han sido los protagonistas de los enfrentamientos sociales de los últimos años.

La contestación de grupos pertenecientes al islam político encontró sus militantes en las jóvenes generaciones formadas en los centros universitarios. La crisis de legitimidad del Estado de los años ochenta fue contestada por los grupos islamistas que encontraron en la juventud nuevos militantes. Este cambio generacional, como veremos, acabó afectando también las propias estructuras de los grupos islamistas y demás organizaciones opositoras.

Los países árabes se encuentran por lo tanto en un proceso de cambio social que las revueltas han puesto en evidencia pero que ya se venía gestando con anterioridad. La crisis del Estado postcolonial no solo afectó a la legitimidad de sus regímenes sino que ha significado un proceso de cambio social de una gran magnitud, intenso e irreversible, y donde las mujeres son un actor crucial (Bessis y Martín, 2010:10).

La modificación de las estructuras demográficas (caída de la fecundidad, retraso de la edad de matrimonio, etc.) junto con el proceso de urbanización han generado un contexto donde las normas y los modelos tradicionales de los roles que se asignan a cada sexo, a cada grupo de edad, en el seno de las familias se ven inevitablemente sometidos al desafío de los cambios que llegaron con la escolarización, la vida urbana, los intercambios con los emigrados, y las puertas al mundo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Las respuestas al cambio social han sido de distinta índole: la huida de las jóvenes hacia el exterior para mejorar su situación económica y social, procesos de resistencia al cambio y aferramiento a la tradición -

generalmente por parte de las generaciones anteriores y de las clases dominantes-, y la permanencia en el país y la lucha por el cambio social.

Al mismo tiempo las condiciones laborales y el bajo porcentaje de mujeres en las instituciones políticas han provocado que muchas leyes y costumbres de corte patriarcal, que dificultan el acceso de la mujer al mundo laboral, continúen vigentes hoy en día. Los índices de desempleo juvenil se cebarán con más fuerza entre las mujeres jóvenes, lastrando las posibilidades de mejorar sustancialmente la situación en los hogares, y limitando la capacidad emprendedora de la generación de mujeres mejor formadas en la región (Bessis y Martín, 2010:189).

El importante papel de las mujeres en las revueltas árabes pone en evidencia el proceso de cambio social en el que están inmersos los distintos países árabes, a pesar de la asimetría del proceso en cada país. Las revueltas protagonizadas por los jóvenes han dado un impulso más al cambio social. Los poderes surgidos del cambio político, como ya afirmaban con anterioridad Gema Martín Muñoz y Sophie Bessis, al igual que las familias, se van a ver forzados de ahora en adelante a consentir los arreglos con el principio de realidad de la transformación de la condición femenina (Bessis y Martín, 2010:319).

La revolución digital: de la televisión por satélite a los blogs y las redes sociales

El papel de las tecnologías de la comunicación y la información en las revueltas árabes ha suscitado numerosos debates y preguntas sobre el poder y la influencia de las mismas. Analizando la evolución de dichas tecnologías y su uso, podemos situarlas en el lugar que les corresponde.

Muchos de los procesos de cambio social a lo largo de la historia han ido acompañados de novedosas tecnologías de la información y la comunicación.

El proceso de la Reforma difícilmente se puede comprender sin el nacimiento de la imprenta. El papel del telégrafo en la revolución rusa o el de la radio en la Europa de entre-guerras, o el de la televisión a partir de los años cincuenta, son solo ejemplos de que los medios de comunicación tienen un papel importante en los procesos de cambio social (Briggs y Burke, 2005). Los distintos actores de los conflictos han sacado provecho de estas herramientas para comunicar sus ideas, sus acciones y demás, y para comunicarse entre ellos. Así como también los gobiernos y el poder para legitimarse y buscar mecanismos de consenso. Internet y la telefonía móvil está significando una nueva revolución en las formas de comunicarse y también de organizarse. Cómo afirman Allagui y Kulleber:

si aprendimos el liderazgo político y la creación de coaliciones de la revolución rusa, y la iniciativa popular de la revolución francesa, las revoluciones árabes de Túnez y Egipto demostraron el poder de las redes⁵.

El papel de las tecnologías de la información y la comunicación en los países árabes también tiene su historia. Con destacadas diferencias entre los distintos países o zonas de los mismos, las nuevas tecnologías se han ido extendiendo por el territorio. Los distintos actores las han utilizado y mediante su uso han cambiado sus formas de informarse, comunicarse y organizarse.

La radio tuvo un papel muy destacado en la difusión del discurso panarabista. No solo los discursos de Naser llegaron más allá de las fronteras de Egipto. Las retransmisiones de los conciertos de Umm Kulthum todos los jueves, traspasaron fronteras y marcaron a toda una generación y acompañaron al panarabismo (Danielson, 1997). Las radios se extendieron por todo el territorio, del mismo modo que lo hizo la televisión después. Los medios de comunicación, especialmente los audiovisuales, estuvieron siempre muy

⁵ Allagui, I., y Kuebler, J., "The Arab Spring and the role of ICTs", *International Journal of communication*, 2011, pp.1435-1442:1435. Citado por Manuel Castells. *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid, Alianza, 2012. p. 68.

controlados por los regímenes, ya que el control del discurso público y la información fueron claves para garantizar su estabilidad y mantener el consenso y la legitimidad entre la población. A pesar de cierta permisividad respecto a la prensa escrita, el control de la televisión y la radio fue muy estricto. Esta restricción venía determinada por el elevado índice de analfabetismo entre la población, y el uso de la lengua clásica en los periódicos, que difiere sustancialmente de las lenguas dialectales, y a veces para su comprensión no es suficiente la enseñanza primaria.

Los procesos de alfabetización sin embargo han puesto cada vez más al alcance de la población la prensa escrita, a pesar de que en algunas regiones aún hay tasas de analfabetismo importantes. Los movimientos opositores encontraron otros modos de obtener la información y comunicar sus ideas a la población con dificultades de alfabetización. Las cintas de casete, por ejemplo, tuvieron un papel importante como herramienta de transmisión del culto islámico. El islam político se fue adaptando a los nuevos medios de comunicación conforme aparecieron y llegaron a distintos sectores de la población. La crisis de legitimidad de los regímenes fue acompañada de una pérdida progresiva del control y los canales de información y comunicación.

La gran revolución en los países árabes llegó con el nacimiento de las televisiones por satélite. Las nuevas plataformas digitales permitieron la difusión por todo el territorio de numerosos canales por satélite que traspasaron las fronteras nacionales. Se abrió así una ventana al mundo exterior y fue una alternativa a las televisiones nacionales dominadas por el régimen y generalmente muy centradas en noticiar todos los actos y movimientos del líder del Estado y en promulgar la retórica del régimen. El primer canal por satélite fue el Egyptian Satellite Channel, perteneciente al sector público, que empezó a emitir el 12 de diciembre de 1990. El segundo apareció en Londres y pertenecía a Arabia Saudí (Majdoubi, 2011:38). A mediados de los noventa cada país tenía su propio canal por satélite. La adquisición de satélites por parte de la Liga Árabe contribuyó a la extensión de los canales, y el bajo precio

de las parabólicas y la gratuidad de la mayoría de los canales transformaron el paisaje urbano del mundo árabe, convirtiendo los tejados de pueblos y ciudades en un mar de antenas parabólicas.

La aparición de Al-Jazeera en el año 1996 y la popularidad que más tarde adquiriría, representan el punto de inflexión en la historia de los medios de comunicación árabes (Majdoubi, 2011:139). El canal inició su programación con la financiación del gobierno qatari, sin embargo la presencia de dicho gobierno en él es discreta. La inversión de 137 millones de dólares iniciales, se inserta en un modelo de economía neoliberal con fuertes inversiones en el sector financiero y en la economía del conocimiento. Las emisiones empiezan con 6 horas de noticias al día hasta 1997, que pasa a 12 hasta principios de 1999, para convertirse luego en un canal de 24h:

La televisión panárabe nace, pues, de la convergencia de dos voluntades: la de un país pequeño que trata de convertirse en un “reducto regional distintivo”, y la del periodismo árabe que aspira a relanzar la experiencia de una televisión liberada de la tutela de Arabia Saudita y otros regímenes autoritarios de la región. (Lamloum, 2006:60).

A principios del siglo XXI los canales vía satélite empiezan a gozar de una muy alta audiencia en el mundo árabe, eclipsando definitivamente a las televisiones nacionales; comienza así a cristalizar una nueva cultura política en el seno de los pueblos árabes (Majdoubi, 2011:140). Aún son pocos los estudios centrados en la evolución de esta temática, pero lo que sí podemos afirmar es que ha significado un cambio en el panorama informativo de los países árabes y de los países del tercer mundo en general. El periodismo contrastado de Al-Jazeera ha contado con voz propia los sucesos políticos, económicos y sociales. El mundo árabe primero, y el mundo entero después con el lanzamiento de Al-Jazeera en inglés, han tenido acceso a otro punto de vista, más propio, más cercano a la realidad. Si la primera guerra del Golfo fue contada y televisada por la CNN, la guerra de Afganistán en 2001 y la guerra de Irak en 2003 fueron contrastadas por las imágenes de Al-Jazeera, ofreciendo una versión muy distinta y poniendo así en cuestión el control

mediático de Occidente sobre la región. No es casualidad que Estados Unidos atacara en ambas guerras las sedes de la cadena en Kabul y Bagdad.

Otro elemento importante a tener en cuenta es la guerra informativa y por lo tanto la diversidad de informaciones que se produce con el nacimiento de otras cadenas por satélite de la región: Al-Arabia, controlada por Arabia Saudí, Al-Hiwar, fundada en Londres por un grupo de intelectuales árabes, Al-Manar, la cadena de Hezbollah, y Al-Alam, la de Irán. La diversidad informativa ha permitido huir de las censuras y del control de las respectivas dictaduras. Como afirma Bahida, “lo que cubre Al-Jazeera, lo descubre Al-arabia y viceversa” (Majdoubi, 2011:141).

Las contradicciones políticas de dichas cadenas se han puesto en evidencia con el relato de las revueltas árabes. La disparidad en la cobertura informativa que abarca desde la atención continua a los procesos de democratización en Túnez y Egipto, hasta el silencio informativo en las revueltas de Bahreín, o las protestas en Qatar, es una muestra de ello. Los programas especializados y de opinión política de dichos canales y el éxito de audiencias que han obtenido muestran la efervescencia política del mundo árabe que contrasta con la visión de una sociedad adormecida que venían contando los medios occidentales. El éxito de programas como Opiniones Opuestas (Al-Ittayah al Mu'akis) de Al-Jazeera es solo un ejemplo revelador de la efervescencia política que ya vivía el mundo árabe (Majdoubi, 2011:141).

Sin embargo, el alcance mediático y sobre todo el papel informativo que han desarrollado las televisiones por satélite y en especial Al-Jazeera en las revueltas árabes no se puede entender sin el papel de la prensa digital y las redes sociales, es decir, sin la red de redes que está siendo la gran revolución en la comunicación y la organización a principios del siglo XXI.

Los orígenes para entender el papel informativo de internet y los movimientos actuales de protesta en la red, se localizan en la invención del ordenador personal (1973) y la red Arpanet (1969), el embrión del actual internet

(Quintana y Tascón, 2012:18). El uso de la red como la conocemos hoy nace en el ámbito universitario:

La Red se creó para compartir, cooperar y crear conocimiento de manera colaborativa a partir del libre acceso a la información (Quintana y Tascón, 2012:72).

El desarrollo a mediados de los noventa de la World Wide Web permitió la difusión y el intercambio de la información a través de Internet en un formato fácil y flexible que popularizó su uso a partir de ese momento de forma exponencial. Estos principios nos ayudan a comprender el cambio que se ha producido en la información con el nacimiento de la prensa digital y las redes sociales. A medida que la técnica se extendió por todo el mundo y los usuarios tuvieron cada vez más acceso y de forma más fácil:

Internet cambió los valores y las reglas. A la hora de construir la realidad ya no solo entra en juego la capacidad de filtro, jerarquización e imposición de valores de los medios. La arquitectura en red de Internet y la cultura colaborativa que le es propia permiten que todos seamos productores de contenido: cualquier ciudadano puede elaborarlo y difundirlo a través de blogs y redes sociales y llegar, prácticamente, a cualquier punto del planeta (Sandiumenge, 2012:16).

Los países árabes no estuvieron al margen de dicha tecnología. Durante la segunda mitad de los años noventa, Internet ya estuvo disponible en todos los países, excepto en Arabia Saudí, Libia e Irán, donde llegaría en 1999 (Sandiumenge, 2012:16). Sin embargo, con la excepción de los países del Golfo, su extensión entre la población fue mucho más lenta debido a los bajos índices de alfabetización, los precios prohibitivos, la supremacía del inglés, y los pocos contenidos en árabe y la imposibilidad del uso del alfabeto árabe en el intercambio de la información. El uso quedaba restringido al ámbito gubernamental, universitario, y entre la población bilingüe. A principios de siglo XXI, solo el 1% de la población de los países árabes estaba conectada a Internet. El gran crecimiento se produjo con la extensión de la banda ancha, entre 2004 y 2005, y su uso pasó del 5 al 8% de la población, es decir unos 26 millones de personas. En 2009 ya se superaban los 50 millones, y en 2011, los

100.⁶ Su uso sigue siendo muy dispar entre regiones, y entre franjas de edad y situación social de la población, pero cabe destacar que “el porcentaje de jóvenes de entre 20 y 30 años conectados duplicaba su proporción sobre la población total” (Sandiumenge, 2012:17).

A la revolución digital que habían iniciado las televisiones por satélite, poniendo en cuestión el control de la información por parte de los distintos regímenes, se le unió Internet que permitió descentralizar los emisores y poner en contacto a grupos de ciudadanos y personas con intereses afines. Estas nuevas plataformas de comunicación fueron empleadas por los grupos de oposición, por las minorías, y los grupos tradicionales privados de libertad de expresión. De esta manera generó nuevas posibilidades de organización.

El islam, se adaptó de forma rápida a la nueva tecnología (Merlini y Roy, 2012), sacándole provecho para la difusión de su fe. Asimismo las organizaciones del islam político, los Hermanos Musulmanes, fueron pioneros en su uso. Su primera página web lleva fecha de 1998, la página oficial *ikhwanonline.com* nació en 2003, y el *ikhwanweb.com* en inglés en 2005. Justicia y Caridad en Marruecos abrió también un portal en 2000, y Hezbolá, con radio y televisión por satélite, fue pionero en la materia abriendo su portal ya en 1996.

Con el desarrollo de los blogs, esta herramienta se popularizó entre la juventud. Lali Sandiumenge recoge algunas de las experiencias iniciales más importantes de los blogueros árabes.⁷ Muchos de ellos empezaron a escribir para construir puentes hacia el exterior, una forma de resistencia a las políticas neoconservadoras de George Bush después del 11 de septiembre. La repercusión en el exterior fue notable, la guerra de Iraq y las protestas por Palestina tejieron al mismo tiempo redes internas de blogueros que empezaron a escribir sobre la represión, la corrupción y la falta de libertades en sus países.

⁶ Datos extraídos de <http://www.internetworldstats.com> y citados por Sandiumenge, 2012:17.

⁷ En Sandiumenge (2012) encontramos recogidos un gran número de blogs que tuvieron relevancia en la oposición al régimen y por la lucha por la libertad y la justicia social.

Si cómo hemos visto anteriormente la juventud urbana ha sido uno de los protagonistas de las revueltas, no es extraño que la información que circuló a través de los blogueros ayudase a la pérdida del control de la información por parte de los regímenes y se convirtieran en importantes catalizadores de las revueltas. Como apunta Castells (2012:113):

Los blogs políticos antes de las revueltas fueron fundamentales para crear, en muchos países, una cultura política de debate y activismo que contribuyó al pensamiento crítico y a las actitudes rebeldes de una joven generación preparada para rebelarse en la calle.

Las televisiones por satélite no se quedaron al margen de este fenómeno, y rápidamente desarrollaron sus portales informativos digitales, juntamente con otros que iban apareciendo y que empezaron también a colaborar con los agregadores de blogs y los blogueros más importantes. En poco tiempo, varias tribunas digitales fueron editadas, entre ellas Dostor.org en Egipto, hespress.com en Marruecos, Siasy Libi en Libia y tunisnews.net en Túnez. La prensa digital permite a los lectores expresar sus comentarios, convirtiéndose esto en un plus del periodismo digital árabe, ya que estas opiniones se convierten en artículos, que hacen del lector un agente mediático activo (Majdoubi, 2011:144).

Los nuevos medios de información generaron una coyuntura donde los regímenes fueron debilitándose ante numerosos grupos opositores y ante un creciente descontento social, a medida que un periodismo ciudadano denunciaba la corrupción, la violación de derechos humanos y la libertad de expresión. Wikileaks y el fenómeno *cablegate* afectó de forma determinante, al destapar informaciones sobre estas materias en los países árabes, pero sobre todo al evidenciar el conocimiento y la opinión que los gobernantes occidentales tenían de ello (Padilla, 2012).

La revolución digital dio un paso más allá de la libertad de información. El desarrollo de la telefonía móvil tuvo su repercusión también en los países árabes con notables diferencias entre regiones y territorios. Sin embargo, su

uso está más extendido que el de Internet. El potencial comunicativo y organizativo ya se había demostrado en otras regiones. En las manifestaciones en Irán, o las manifestaciones contra la guerra en Irak en todo el mundo, los SMS jugaron un papel importante en la comunicación entre los actores y en la difusión de las convocatorias.

Las redes sociales permitieron también la comunicación entre distintos grupos y personas, y organizar protestas y convocatorias (Ghonim, 2012). *Kefaya* (Basta), Asociación Nacional por el cambio, los jóvenes de Justicia y libertad, y el movimiento 6 de abril, se empezaron a coordinarse para organizar manifestaciones y acciones contra la represión. Las redes que tejieron estos grupos on-line y off-line permitieron la organización de las concentraciones y la revolución que hizo caer a Mubarak. Wahel Ghonim, analiza en primera persona el papel de las páginas de facebook (“todos somos Khaled Said”), su repercusión y su relación con las distintas facciones políticas (Ghonim, 2012: 58). Como afirma Slim Amamou: “la tecnología conecta, la gente hace la revolución (Sandiumenge, 2012:16). Esta conexión también se produjo con las plataformas de prensa digital. El uso de las redes por parte de Al-Jazeera para acceder a la información permitió que las imágenes grabadas por los protagonistas llegaran a todo el mundo a la velocidad de la luz. Los vídeos de la inmolación de Mohammed Bouazizi grabados con los teléfonos móviles por gente de la calle, saltaron a la red y de allí a Al-Jazeera.

Las redes sociales y los medios de comunicación jugaron un papel muy importante en las revueltas de 2011. A pesar de la disparidad de acceso a Internet entre los distintos países y que la mayoría de ellos se encontraran en una fase inicial de la revolución digital, demostraron al mundo su potencial organizador y catalizador. Las calles siguen siendo el lugar donde las revoluciones pueden crear hechos sobre el terreno (Merlini y Roy, 2012). Sin embargo como afirma Castells (2012:112):

incluso en países con bajo nivel de acceso a Internet, el núcleo de activistas que se intercomunicaron en red y pusieron al movimiento en contacto con su país y con el mundo estaba organizado y deliberaba en los sitios de las redes sociales.

La capacidad de contagio y el imaginario mundial que generaron las revueltas en otras protestas como el 15M u Occupy Wall Street, nos demuestran que los movimientos que surgieron cruzaron las fronteras y han construido nuevas formas de organización, puentes que superan las barreras del conocimiento y construyen nuevas realidades, discursos y prácticas políticas en todo el mundo.

La lucha por la dignidad, la libertad y la justicia social: de la contestación islamista a la contestación democrática

Los aspectos analizados hasta el momento hacen referencia la evolución del contexto político, económico, social y tecnológico de los países árabes en el que se desarrollaron las revueltas. Las revueltas, sin embargo, a pesar del efecto sorpresa, no se produjeron de una día para otro. Llevaban años gestándose: las protestas de la sociedad civil, las luchas obreras por los derechos laborales, la defensa de los derechos humanos, por la libertad de expresión, las reivindicaciones del islam político, entre otros factores, dibujan un mosaico de actores en la región que durante años estuvieron invisibilizados, reprimidos, encarcelados y asesinados por los regímenes postcoloniales cuando su legitimidad quedó cuestionada y entraron en un proceso de cierre y autoprotección para mantener las estructuras de poder.

Los actores contestatarios a los regímenes árabes establecidos tienen particularidades muy concretas en cada país. Los actores se han desarrollado según las lógicas de los procesos de cada Estado. Aunque intentaremos señalar algunos procesos comunes, estos no explican las características específicas. Si hablamos del islam político, por ejemplo, en seguida nos damos cuenta de la diversidad de actores islamistas, no solo entre los distintos países sino en el seno de cada uno de ellos. Los grupos de la juventud urbana protagonistas de las revueltas del 2011, o las distintas plataformas de la

sociedad civil -que se generaron en los distintos países donde las revueltas tomaron fuerza-, a pesar de tener elementos en común y estar conectadas, son diversas tanto a lo que se refiere a su composición como a su fuerza.

Ya hemos analizado la crisis de legitimidad de los estados árabes poscoloniales, pero sus consecuencias políticas fueron mucho más amplias:

La crisis del estado poscolonial, que se inició con la derrota de 1967 y continuó con el derrumbe del modelo desarrollista y protector, trajo consigo una revisión del sistema de valores en el que se sustentó dicho nuevo régimen (Martín, 1999:304).

La respuesta política a dicha crisis vino de la mano de los sectores del islam político, generalmente la oposición a estos regímenes mejor organizada. A pesar de que durante años su terreno de acción se centró en la educación, los debates sobre la acción política y la toma del poder ante la represión que habían sufrido por parte de los regímenes poscoloniales -principalmente tras los escritos de Sayd Qutb- cambió algunas tendencias y se escindieron algunos sectores dispuestos a plantar cara al poder por todos los medios. Como afirma Gema Martín Muñoz (1999:302):

la movilización islamista volvió a alcanzar una gran expansión en la década de los años ochenta debido no solo a la influencia moral del triunfo de la revolución iraní, al declive progresivo del modelo socialista panarabista o a las facilidades coyunturales que ciertos gobiernos les ofrecieron en los años setenta como estrategia para debilitar a su oposición por la izquierda, sino también y fundamentalmente porque son sentidos como una nueva élite capaz de llevar a cabo el programa que los regímenes poscoloniales prometieron cumplir y que desde los ochenta se ha comprobado definitivamente que no han sido capaces de hacer.

Las reformas liberalizadoras de finales de los años setenta provocaron las protestas de las clases trabajadoras y de los jóvenes universitarios. Conocidas como las revueltas del pan o protestas contra la austeridad, éstas se extendieron por distintos países árabes, consiguiendo en algunos casos la retirada de reformas económicas, o poner en cuestión la legitimidad del gobierno. Otras generaron mayor confrontación social, como en el caso de Argelia. Nazih Ayubi, definió estas protestas como la política de calle que se fue activando en distintos momentos a los largo de los años ochenta y a lo

largo de los noventa (Ayubi, 1998: 597). La respuesta de los regímenes a pesar de algunas concesiones se centró en la dura represión de las protestas. A pesar de todo poco a poco fueron creando movimientos de protesta en los centros de trabajo y en las universidades, y fueron estas experiencias de la política de la calle las que fueron tomando cuerpo en forma de movimientos y consiguieron las masivas movilizaciones de 2011.

En Egipto las reformas económicas iniciadas por Sadat significaron un giro respecto a las políticas establecidas por Naser y el sistema poscolonial surgido tras la independencia. Las reformas económicas indignaron a las clases trabajadoras y a los jóvenes universitarios. Los movimientos de la izquierda organizaron protestas contra las políticas de liberalización económica. La *Infitah* (reforma) significó un giro con la tradición política en la que se había legitimado el régimen, y el consiguiente enfrentamiento a los grupos referentes o vinculados a la Unión Soviética, mediante su represión y persecución.

Los movimientos del islam político en Egipto, participaron también en estas protestas. Los militantes islamistas eran mayoritariamente jóvenes universitarios de clase media, o profesores, funcionarios oficiales del ejército y la policía, ingenieros, comerciantes y técnicos. Eran parte de la población urbana pero con reciente origen rural o de pequeñas ciudades. Sadat concedió en este momento cierto margen a los Hermanos Musulmanes, que aunque ilegalizados, participaron en el proceso de reforma política. Los grupos tradicionalistas, nacidos de la escisión de la Hermandad empezaron a tener éxito, en la frustración de la juventud y de las clases populares ante la crisis de legitimidad del sistema. El margen de maniobra que tuvieron con un Sadat más preocupado por el cambio de rumbo del régimen y la eliminación de viejos opositores políticos, permitió el crecimiento de grupos más radicalizados como de al-Tafkir wal Hichra (excomuniación y exilio) surgido de los seguidores de Qutub, así como de las organizaciones universitarias Yamaa Islamiya, o la Yihad Islámica, nacidas en 1973 y que matarán a Sadat en un atentado el 6 de octubre de 1981.

La expansión de la militancia islamista de los años ochenta se puso de manifiesto en Egipto cuando la generación de estudiantes de los Hermanos Musulmanes empezó a ocupar masivamente los sindicatos profesionales, empezando por el de médicos, luego el de ingenieros, el de farmacéuticos, y el de abogados. A pesar de ser una organización ilegalizada gozaba de una relativa tolerancia. A través de la alianza con otras fuerzas políticas no islamistas intentaron ocupar poder en el terreno político. Los resultados para las fuerzas políticas no islamistas fueron la fragmentación y la escisión. Los favorables resultados electorales y la experiencia de Argelia, llevaron en 1992, a Mubarak, que había sustituido a Sadat en el poder, a intensificar la vía represiva frente a las concesiones hechas hasta el momento y, a partir de 1995, empezará una persecución sistemática contra sus candidatos y representantes (Ternisien, 2007).

En Túnez, las revueltas del pan movilizaron a miles de ciudadanos en 1984 para exigir una vida digna. A pesar de la participación de los islamistas, como en Egipto, aceptaron tras las protestas y el proceso de apertura política la participación indirecta aunque se mantuviera limitada su capacidad de acción. Las candidaturas islamistas fueron la segunda fuerza en 1989. Sin embargo, siguieron condenados a la represión y al exilio, especialmente tras el estallido de la guerra civil en Argelia. A pesar de que el partido Ennahda y sus líderes fueron de los primeros grupos reformistas dentro del islam político que declararon abiertamente una visión de la igualdad, en términos de justicia social y económica, y desde su fundación, el movimiento aceptó los principios de diversidad política, alternancia del poder y la ley de la mayoría bajo una constitución democrática (Bishara, 2012:207). La oposición no islamista en Túnez estaba formada por partidos que ideológicamente representaban la experiencia occidental, quedando así en un segundo plano, e igualmente perseguidos y reprimidos por el régimen.

En Argelia, las revueltas del pan estallaron en 1988, desencadenando una grave crisis social que fue el primer pulso contra el Ejército y la burocracia del

Estado, por un lado, y una mayoría de población desencantada y desesperada por otro (Segura, 2001:135). El proceso de apertura política dio lugar a la aparición de distintos partidos políticos como el Frente de Fuerzas Socialistas, el Movimiento Democrático Argelino, el Frente Islámico de Salvación (FIS) y la agrupación por la Cultura y la Democracia. En las elecciones municipales de 1991, el FIS obtuvo una victoria aplastante. La fuerza del islam político ante la crisis de legitimidad del régimen fue evidente. El pulso con el Estado continuó en la calle a través de huelgas y manifestaciones duramente reprimidas y con la encarcelación de algunos de sus líderes. Las elecciones legislativas volvieron a demostrar la influencia del FIS que obtuvo otra victoria aplastante en la primera vuelta. El golpe de estado impidió la celebración de la segunda vuelta y significó el inicio de la guerra civil. La violencia del Estado radicalizó las posturas y la acción de los grupos opositores, sobre todo del islam político, y obligó a todas las fuerzas políticas a definirse ante el enfrentamiento civil. Las peores consecuencias se las llevó la población que recibió golpes del fuego cruzado (Segura, 2001:135).

En Marruecos, el islam político no tuvo una organización de referencia y la variedad de corrientes solapadas y fragmentadas tejen un movimiento difícil de delimitar (Martín, 1999:346). Entre la alianza con el gobierno, las luchas sociales y la oposición política, existe una estrecha relación entre los factores de freno y los de impulso del islamismo en Marruecos. De un lado, el liderazgo religioso del rey y su habilidad para transmitirlo, la existencia de partidos políticos y sindicatos que han canalizado el malestar social contra el sistema, la tolerancia controlada por parte del poder de formas populares de religiosidad y la represión policial han frenado su ascenso. Pero de otro, la oficialización del islam ha traído también consigo la pérdida de credibilidad de los partidos para desempeñar el papel de moderadores entre el gobernante y los gobernados, y ese vacío tiende a ocuparlo el islamismo para poner en duda el valor islámico del gobernante (Martín, 1999:243)

En el Próximo Oriente la dinámica de la conflictividad regional tuvo repercusiones en los grupos de oposición y en las dinámicas internas de los países. En Siria, los Hermanos Musulmanes habían participado activamente de la política siria. Con el ascenso al gobierno del Baaz en 1963, empezaron las persecuciones contra la Hermandad. El retroceso de las fuerzas nacionalistas tras la derrota de 1967 y el ascenso del islam político, dio lugar también a la división de la Hermandad entre partidarios y contrarios a la insurrección. La revolución de Irán reforzó las tesis partidarias de la insurrección, que empezaron una campaña de atentados y ataques contra figuras y organismos del régimen. La situación de tensión condujo a la organización de un golpe de estado que tenía que empezar en Hama, y la represión se cernió sobre esta ciudad, con bombardeos y más de 12.000 muertos. La venganza se llevó numerosos muertos y desaparecidos. Hafez al-Asad acusó a Jordania, Iraq y el Líbano de estar detrás de la insurrección. La represión anuló la vida política del país, los Hermanos Musulmanes fueron perseguidos, y el régimen cerró filas en torno a una minoría que controló el Estado y sus recursos y eliminó cualquier indicio de oposición.

La represión contra la contestación islamista en los distintos países fortaleció los discursos más radicales que se extendieron especialmente en los focos de conflictividad regional. Sin embargo, las concesiones a nivel de tolerancia o participación encubierta a través de otras organizaciones permitieron a los distintos grupos mantener las estructuras organizativas especialmente en las funciones de educación, sanidad y financiación. La radicalización de algunos grupos en el enfrentamiento armado, o el tradicionalismo de otros, había generado como hemos visto la fragmentación de algunos movimientos. Al mismo tiempo aparecieron nuevas divergencias, en las que nuevas generaciones de militantes de clase media buscaron un cambio de estrategia hacia la participación política en un marco democrático. Estas nuevas generaciones de islamistas conectan con otros jóvenes de la misma clase pero de tendencias laicas y que habían empezado a denunciar la corrupción y la injusticia social, elementos que no entraban en contradicción con los principios

islamistas. La red será el espacio de conexión, los blogs el espacio de discusión y las luchas por las libertades el futuro espacio de sociabilidad.

Esta juventud urbana pertenece a los nuevos movimientos de la sociedad civil que fueron creciendo a finales de los años noventa y especialmente a partir del año 2.000. Las protestas contra la guerra, contra la ocupación de Palestina y demás tejieron las redes para una posterior crítica directa a la corrupción, a la falta de libertad de expresión, a la injusticia social, a la reelección de los mandatarios y a su sucesión por parte de sus hijos. La conexión de estos grupos de la sociedad civil, junto con nuevos movimientos de protesta ante la crisis económica que empezaron a brotar de los centros de producción crearon, como afirma Castells (2012), movimientos sociales en red orientados por igual a la indignación y la esperanza, dispuestos a cambiar y derrocar a sus gobiernos y reemplazar la humillación que venían sufriendo por la dignidad y la justicia social. Estos movimientos en red fueron de naturaleza plural, diversa y creativa. Nacionalistas, izquierdistas, islamistas, dejaron de lado sus diferencias y se dejaron llevar por las coaliciones de jóvenes activistas, estudiantes, desempleados, sindicalistas, blogueros y artistas, tanto religiosos como marxistas, tanto hombres como mujeres, adaptándose a las realidades emergentes (Bishara, 2012:216). En las revueltas del 2011 demostraron todo su potencial. En algunos países consiguieron derrocar a los gobiernos, en otros la dura represión apagó su fuerza o desencadenó una guerra civil, en otros obligaron a sus gobernantes a aceptar importantes concesiones, pero todos ellos visibilizaron la importancia de estos nuevos movimientos, pusieron en evidencia la naturaleza de estos regímenes, y demostraron la capacidad de la población en la lucha por la dignidad y la justicia social.

El proceso de formación de estos nuevos movimientos empezó en Egipto con un proceso de autonomización de la sociedad civil que se inicia en los años noventa. Con la liberalización económica, los mecanismos públicos habían dejado de servir a las realidades de la calle y los servicios se habían visto interrumpidos, lo que incitó a establecer mecanismos locales de sustitución

fundados en lo informal y la solidaridad local. Esto dio lugar a un auténtico despegue de las ONG. Mientras que en 1980 eran unas 5.000, en 2008 eran alrededor de 20.000 (Pommier, 2009:293). La crítica por parte de estas organizaciones a las reformas económicas y a sus abusos condujo a una parte del medio asociativo a análisis y posturas críticas frente a las decisiones del gobierno (Pommier, 2009:293). En este proceso jugaron un papel importante tanto las organizaciones dedicadas al socorro, a la educación y a la salud, dónde grupos religiosos aprovecharon la oportunidad para extender su influencia, como las organizaciones dedicadas a la defensa de las libertades civiles y los derechos humanos. Este proceso dio mayor autonomía a la sociedad civil a pesar del incremento de la represión por parte del régimen. El islam político se vio también afectado por este proceso. Los debates internos y el cambio generacional se venían incrementando en el seno de la organización. Entre la represión y la tolerancia del gobierno, y la presión y el sabotaje externo del islam radical, surgieron voces críticas entre los jóvenes de la organización. En el año 1996 un grupo de personas surgidas de la Hermandad crea un partido político, al Wasat -el centro- con la intención de presentarse a las elecciones. La creación de al Wasat muestra las discrepancias dentro de la organización entre una vieja generación poco favorable a las relaciones con el poder y centrada en el terreno religioso, pero que aún controla la elección del guía supremo, y una nueva generación dispuesta a la participación política en un marco democrático. Aunque no consiguieron su legalización dentro del restringido sistema político egipcio, estas divergencias dentro de la Hermandad abrieron nuevos espacios de relación con otros movimientos y organizaciones de la oposición. Finalmente, también fue durante los años noventa con la aparición de Internet cuando en Egipto surgieron los primeros ciberactivistas, que a través de fórums en línea y listas de correo debatían de política y coordinaban grupos opositores de distintas ideologías con ciertas garantías de seguridad (Sandiumenge, 2012:45).

Si en la década de los noventa fue cuando se cultivaron estos movimientos, su nacimiento y eclosión se produjo durante la primera década del siglo XXI. Tras

los atentados del 11 de setiembre y la criminalización del mundo árabe y musulmán por parte de las potencias occidentales, la sociedad civil en Egipto, como la del resto de la región y del mundo, respondió con protestas contra la unilateralidad de Estados Unidos y contra las guerras que iniciaron.

El uso y el dominio de Internet y sus herramientas por parte de jóvenes universitarios que se habían politizado en ese ámbito, en las protestas propalestinas o contra la guerra de Irak, confluyó con el nacimiento del Movimiento Egipcio por el Cambio, conocido como *Kefaya* (basta) (Sandiumenge, 2012:45).

Este movimiento fue creado por gente vinculada a la izquierda de los años setenta, heredera de los comités de solidaridad creados después de la segunda intifada palestina, y del movimiento 20 de marzo surgido cuando la manifestación de esta fecha en el año 2003, contra la inminente guerra de Iraq, se convirtió en una denuncia del régimen egipcio (Pommier, 2009:271). La plataforma unió a islamistas, naseristas, liberales, marxistas y laicos, que hicieron del rechazo a un nuevo mandato de Hosni Mubarak y de la sucesión de su hijo Gamal, el principal motivo de protesta. La crítica explícita al régimen y la capacidad de usar las nuevas tecnologías para organizar sus protestas y reivindicaciones dio espacio a la juventud urbana para canalizar sus propuestas. El nacimiento de Jóvenes por el Cambio (al Shebab min Agel Al-Tagee) y de distintas sectoriales del movimiento muestra cómo, pese a la represión, el movimiento no solo conquistó espacio para la acción sino que permitió el surgimiento de otras movilizaciones similares. La lucha de muchos blogueros, que participaban en estos movimientos, por la libertad de prensa y la libertad de expresión y la denuncia de la represión y la tortura destapó las estrategias de humillación del régimen y dibujaron el camino hacia la dignidad. Como señala Lali Sandiumenge, la creación de la *piggipedia* (*polipédia* o *cerdopédia*) creada en 2008, y que pretendía difundir la información y las imágenes sobre la tortura en Egipto, envió un mensaje muy claro al régimen:

“Te controlamos del mismo modo que tu nos controlas a nosotros” (Sandiumenge, 2012:45).

La movilización de la sociedad civil era permanente durante los años anteriores a 2011:

Al-Masri al-Yom contó 222 movimientos de protestas durante 2006 y al menos uno por día durante 2007. La «rebelión de los jueces», las protestas estudiantiles y los numerosos movimientos obreros no dejaron de crearle problemas al régimen (Pommier, 2009:273).

A estas protestas se sumaban las movilizaciones obreras que, a partir de 2006, se extendieron por todo el país ante el aumento de los precios y el recorte de servicios sociales. Revueltas como las protagonizadas por las mujeres de Mahalla el-Kubra, marcaron los antecedentes de las movilizaciones del año 2008 (Rodríguez, 2012:66) cuando a raíz de una huelga se formó el Movimiento 6 de abril, una de las plataformas más importantes que unió los centros obreros con la juventud universitaria y las plataformas civiles.

Fueron estos movimientos quienes prepararon las concentraciones del 25 de enero de 2011. La convocatoria, apoyada también por un evento creado en Facebook por Wael Ghonim desde la página (*kullena Khaled Said*) Todos somos Khaled Said, (Ghonim, 2012:121) congregó en Tahrir una multitud de personas que acamparon en la plaza e iniciaron una revolución contra el régimen.

Los 18 días que duraron las primeras protestas en Tahrir y que conllevaron la caída de Mubarak dieron paso al inicio de un proceso de cambio político en Egipto. La multiplicación de los actores tratando de influir sobre las opciones del Estado, los nuevos temas planteados y los medios utilizados para actuar en la política apunta todos hacia la modelación de un nuevo sistema político. (Awad, 2011:2). La transición política dibuja una serie de actores: actores estatales, movimientos y partidos religiosos y laicos, los jóvenes revolucionarios, los partidos residuos del antiguo régimen y actores sociales. La diversidad de opciones políticas en Tahrir se ha traducido en numerosos

grupos políticos de distinta filiación. La dificultad de muchos de ellos para erigirse en organizaciones estables y legalizadas, ha dejado en manos de los grupos opositores tradicionales el liderazgo del proceso de transición. La victoria del partido de los Hermanos Musulmanes y la elección de Mursi, como presidente, es una muestra de ello. Sin embargo, el proceso de transición sigue abierto y la responsabilidad política de dirigir el nuevo Egipto puede ir reconfigurando la correlación de fuerzas entre los nuevos actores de la transición.

En Túnez el proceso de organización del descontento popular en movimientos capaces de organizarse y provocar la caída del Ben Alí, tiene características similares. A pesar de la represión, los partidos de la oposición mantenían cierta organización en la clandestinidad. Las revueltas obreras se concentraron, como en 1984, en el área de Gafsa y dejaron en evidencia la ruptura entre la cúpula sindical y parte de sus bases hartas del oficialismo y la corrupción dentro del sindicato único. El movimiento de los diplomados en paro reorganizó las protestas ante la nueva situación de penuria económica al grito de “trabajo, libertad y dignidad nacional”, despertando un nuevo proceso de lucha sindical que fue duramente reprimido pero que, como escribe Olga Rodríguez (2012:214):

muchos la recuerdan como el prólogo de las revueltas que estallarían en diciembre de 2010.

El descontento entre la juventud urbana fue canalizado a partir del año 2000 a través de la blogosfera. *TUNeZINE* o *Ettunsi* denunciaron la falta de libertades y la violación de los derechos humanos en Túnez (Sandiumenge, 2012: 45). La acción de quemarse a lo bonzo de Mohammed Buazizi de Sidi Buzid el 17 de diciembre de 2010, como protesta pública contra sus condiciones económicas y el trato recibido por la policía después de que confiscaran su carro de venta ambulante, encendió la ira de la gente, y las protestas se extendieron desde la periferia a todo el país. Facciones de los sindicatos, organizaciones

estudiantiles de profesores y los sectores del sindicato UGTT desligados de la dirección oficial, empezaron a organizar la espontaneidad inicial de la protesta.

La caída de Ben Alí abrió un proceso de transición política aunque, no obstante, las protestas por la situación económica y política continuaron. En las primeras elecciones para una asamblea constituyente se presentaron miles de candidatos. Sin embargo, los islamistas de Ennahda representaban la oposición organizada y mayoritaria ante el nuevo proceso de transición. Los nuevos opositores laicos y antislamistas denuncian el protagonismo de Ennahda y la tolerancia hacia la violencia Salafista, que ha tensado el proceso constituyente. Los islamistas se encuentran así ante el reto de llevar a cabo las exigencias de la revolución, hacer frente a la situación económica y gobernar el país.

En el caso de Marruecos, a pesar de la fuerza de los partidos y las organizaciones islamistas, estos nuevos movimientos de la ciudadanía se reflejaron en el Movimiento del 20 de febrero. La juventud urbana tenía una larga tradición de lucha en los centros universitarios, primero dominados por la izquierda y más tarde con una presencia creciente de los islamistas. Las protestas de la primavera movilizaron al conjunto de actores de la oposición política. Sin embargo, las reformas anunciadas por el rey, los cambios de gobierno, dando a los grupos del islam político moderado el control del gobierno, y la redacción de una nueva constitución, consiguieron apaciguar las revueltas dando un paso más en el proceso de transición abierto desde las reformas de los años noventa, sin conseguir, de momento, cerrar definitivamente el proceso (López, 2012:16-20). La victoria del Partido Justicia y Desarrollo, aunque mucho más ajustada que en el caso de Egipto y Túnez, abre una nueva etapa política en el país.

En Libia, sin embargo, la oposición política era mucho más desestructurada. La dictadura de Gadafi había dejado poco espacio para el resurgir de una sociedad civil, o de movimientos ciudadanos. Estos a pesar de ser poco

significativos se concentraron en la zona de Bengasi, con las protestas de grupos de familiares que pedían justicia tras los sucesos de 1996, donde mil doscientos hombres fueron asesinados en la cárcel de Abu Salim en Trípoli. La denuncia presentada en 2007 y la organización de funerales públicos para los fallecidos, organizados por las familias, empezaron a recibir el apoyo de universitarios y de algunos vecinos (Rodríguez, 2012: 241). Las protestas islamistas de 2006 habían sido también duramente reprimidas. La revuelta empezó en Libia el 17 de febrero de 2011 y pocos días después de las masacres contra las protestas en Bengasi, Tobruk, Zintán o Zawaiya, grupos de jóvenes asaltaron arsenales de las guarniciones locales y algunos militares de las fuerza armadas desertaron. Empezó así un conflicto armado, una guerra civil, que tras la ayuda y la intervención internacional acabó con el régimen de Gadafi seis meses después (Rodríguez, 2012: 245).

El Consejo Nacional de Transición agrupó bajo su mando a todos los grupos de la oposición. El nuevo gobierno de transición, dirigido por el CNT, dio los primeros pasos para iniciar un período constituyente y la instauración de un nuevo gobierno elegido en Libia. Sin embargo, el control de los numerosos grupos armados en el país, la violencia que ejercen y la impunidad que tienen, junto a la diversidad de fuerzas opositoras, dificulta el proceso (Meneses, 2012: 123-138), muy tutorizado por las potencias interventoras que buscan recuperar con nuevos contratos del petróleo y de reconstrucción del país las inversiones hechas en la misión internacional.

En Siria, las movilizaciones llegaron algo más tarde. Los sectores de la oposición eran mucho más dispersos. Sin embargo, el descontento y los factores político-económicos eran suficientes para el estallido de las revueltas (Ruiz, 2010:33-47). Las primeras convocatorias fueron un fracaso. A partir del 15 de Marzo de 2011, las protestas estallaron con fuerza sobre todo en las áreas rurales o en las periferias urbanas. Como en Libia, las masacres acabaron provocando el enfrentamiento civil, que se ha llevado hasta el momento alrededor de las 70.000 víctimas y ha provocado distintas olas de

refugiados. La división política de la oposición, la multiplicidad de actores en Siria, y la dificultad de unificarlos bajo un solo mando, añaden más complejidad al conflicto actual, a lo que se añade una inoperancia de la comunidad internacional (Vidal, 2012).

En otros lugares del mundo árabe como Bahrein o el Yemen, por ejemplo, las revueltas también tuvieron sus ecos. Las protestas y movimientos que se venían gestando en los años anteriores a las revueltas desencadenaron procesos de enfrentamientos internos. En Bahrein la represión dejó a los movimientos opositores con pocas fuerzas para cuestionar el régimen. En Yemen, la inestabilidad dio fuerza a grupos políticos y opositores que ya venían cuestionando el régimen. La transición pactada no deja de poner en peligro la inestabilidad entre la multiplicidad de actores que conforman el país.

El resultado de las revueltas sigue teniendo un final abierto. Allí dónde se han iniciado procesos de transición, los actores se han reconfigurado en el nuevo escenario político, y las correlaciones de fuerzas siguen favoreciendo a los actores tradicionales: ejército, islamistas y demás. sin embargo, la calle sigue manteniendo el pulso y buscando soluciones a los problemas para los cuales se habían manifestado. Los procesos que pasan por un enfrentamiento civil armado pueden prolongar aún más estos procesos de cambio político, y el final aún es más incierto. La desestructuración territorial o la confrontación social entre grupos identitarios son las primeras consecuencias de estos enfrentamientos y dificultan su solución. El juego de las relaciones internacionales y del equilibrio regional e internacional vuelve a utilizar el tablero del mundo árabe, lo que afectará de forma determinante a los procesos de cambio político en curso. Analizar las claves que han marcado estas relaciones nos ayuda a comprender mejor los resultados de las revueltas y la situación actual.

Relaciones regionales e internacionales: influencias e intervenciones en el mundo árabe

El mundo árabe forma parte de un complejo geopolítico de gran interés para las principales economías del mundo. La región del Golfo o países como Argelia y Libia albergan la mayor parte de las reservas de combustibles fósiles del mundo. Su posición geográfica entre Asia, África y Europa, la convierte en un lugar de paso para su distribución y para el transporte marítimo, aéreo, y terrestre. Es al mismo tiempo lugar de encuentro entre Occidente y Oriente y el Norte y el Sur; como ha afirmado Bishara Khader (2010:25) la región es un espacio clave, encrucijada y corredor. Sin embargo, la gran cantidad de petróleo y gas contrasta con una importante penuria hídrica. A pesar de que algunas zonas disponen de recursos suficientes, la mayoría de los países sufren o están muy cerca del estrés hídrico. La creciente urbanización y el sector del turismo puede empeorar la situación en algunas regiones. Los recursos hídricos son y pueden ser todavía más una fuente de conflictos para la región. Como ya hemos señalado, los movimientos de población son también un factor de contraste regional. Numerosos países han generado un gran volumen de migración hacia afuera o hacia otras zonas de la región, mientras que los países del Golfo principalmente son receptores de inmigración regional e internacional. Estas características han marcado profundamente no solo las relaciones internacionales con los distintos países del mundo árabe, sino también las relaciones dentro de la misma región (Khader, 2010).

En Oriente Próximo, pero también en el Magreb y en los países del Golfo, se han desencadenado una serie de conflictos donde las influencias y las intervenciones de las potencias internacionales han marcado profundamente la historia de la región. Al margen de ser un escenario de primer orden de la guerra fría, hay que añadir otros conflictos de gran envergadura como el conflicto entre Iraq e Irán entre 1979 y 1989, la invasión israelí del Líbano en 1982, la primera Intifada palestina en 1987, la invasión y posterior liberación de Kuwait en 1990-91, la guerra civil argelina, el conflicto interyemenita en 1994, la segunda intifada palestina a partir del año 2000, la invasión americana de Iraq

en 2003, la guerra del verano de 2006 entre Israel y Hezbollah, y el conflicto en activo de más larga duración entre Israel y Palestina (Khader, 2010). El conflicto árabe-israelí, sigue siendo:

el *core issue* o epicentro del reparto estratégico regional, como elemento estructurador de las tensiones intraestatales (entre estados y sociedades civiles), interestatales, intraregionales, incluso de las relaciones árabes con los agentes regionales internacionales (Khader, 2010: 33).

La conflictividad regional impidió la formación de estructuras regionales comunes, y las distintas organizaciones regionales no generaron una integración política regional. Cualquier análisis histórico de la región no puede pasar por alto este panorama de conflictividad regional que ha servido, como apuntábamos al inicio, para la estructuración de la retórica de los regímenes, y -como analizaremos- para establecer alianzas y apoyos internacionales a los mismos.

La derrota árabe frente a Israel en 1967 desplazó el liderazgo regional hacia Arabia Saudí, al mismo tiempo que Estados Unidos ganaba terreno frente a la Unión Soviética en la influencia regional. La situación de humillación generó un proceso de guerra y diplomacia de desgaste (Shlaim, 2003:363-386) que terminó en la llamada guerra del Yom Kippur, cuando Egipto y Siria se aliaron de nuevo para preparar una acción conjunta contra Israel y forzar una salida a la situación generada después de la derrota de 1967. La victoria política de 1973 permitió a Sadat girar sus alianzas internacionales y acercarse a Estados Unidos e iniciar una negociación de paz con Israel, que se acordó en 1978 en Camp David. La paz con Egipto permitía a Israel, y a los Estados Unidos, una nueva política en la región que consistía en buscar la paz por separado con los países árabes y aislar así el conflicto con los palestinos, que desde 1967, lideraban su propio proceso de resistencia contra la ocupación.

En 1979 no solo el tratado de paz entre Egipto e Israel señaló un profundo cambio en la configuración geopolítica regional. La revolución iraní acabó con una importante alianza política para los Estados Unidos. La revolución de

Jomeini significó una victoria del islam político chií, pero además sirvió de inspiración a los movimientos islamistas opositores que cuestionaban la legitimidad de distintos regímenes árabes. En este nuevo marco, los Estados Unidos, ante la pérdida de un aliado clave en la región, reformularon su estrategia regional:

Brezinsky, consejero de seguridad nacional en ese momento, propuso un «marco de seguridad para el golfo pérsico» que recuperaba la actitud agresiva de la doctrina Truman y se proponía compensar la pérdida de influencia diplomática en estos países con una capacidad de mayor intervención militar en la zona (Fontana, 2011:591).

Esta nueva situación generó el estallido de una confrontación regional de gran envergadura. La guerra Iraq-Irán de 1980 a 1988, desgastó militarmente y económicamente a ambos países. Creó profundas divisiones entre los regímenes de Iraq y Siria, un incremento de la inestabilidad regional, pero al mismo tiempo un desgaste de dos potencias regionales importantes, que dejan el liderazgo casi en solitario a Arabia Saudí. Ante esta nueva conflictividad los países del Golfo crean un proyecto de integración regional: el Consejo de Cooperación del Golfo:

un sindicato de dinastías del que quedan excluidos, como mínimo momentáneamente, los dos Yemen, a pesar de ser partes integrantes de la Península Arábiga, e Iraq, que siempre se ha considerado un país del Golfo Árabe (Khader, 2010: 488).

Los seis países, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Bahrein, Omán y Qatar, comparten rasgos comunes en el plano económico, demográfico, financiero, político y cultural, aunque a pesar de todo el elemento fundamental para su alianza es la seguridad en una zona volátil y caracterizada por la inestabilidad crónica. A pesar de sus objetivos en el plano económico, la inestabilidad regional y la violencia política dentro Kuwait o Bahrein, que sufren distintos atentados (1983-1986) y el intento de asesinato del emir (1982), respectivamente, la seguridad pasó a ser el principal factor de integración. La firma del Acuerdo de seguridad interior de 1982 es la base de la cooperación militar entre estos países, que irá en aumento en los años siguientes. La invasión de Kuwait demostró la incapacidad de organizar una fuerza militar autónoma, pero sin embargo dicha cooperación será de gran utilidad en el

mantenimiento de la seguridad interna de los distintos países (Khader, 2010: 488). Este elemento es fundamental para entender la respuesta del CCG durante la revuelta de Bahrein en 2011.

Tras la caída de la URSS se configuró un nuevo orden mundial. Estados Unidos empezó a dibujar un mundo unipolar, pero los conflictos periféricos no terminaron, sino al contrario, se dibujó un nuevo tipo de conflictividad basada en el intervencionismo diplomático y militar americano. Oriente Próximo conservó su papel de escenario de conflictividad. Las conversaciones de paz y los acuerdos de Oslo, entre la OLP e Israel y la intervención en Iraq después de la invasión de Kuwait, marcan el intervencionismo diplomático y militar con el que Estados Unidos impuso el control y sus alianzas en el Oriente Próximo. Sin embargo, el mundo unipolar duró poco, los países con economías emergentes empezaron a destacar, y otro vencedor de la guerra fría, el islam político radical (Veiga, 2008:319) tras la derrota de los soviéticos en Afganistán, empezó a reivindicar su papel en el nuevo orden mundial y a desafiar a la principal potencia vencedora así como a sus oponentes dentro del propio islam político en la región.

El nuevo orden mundial marcó la política regional. La alianza de los Estados Unidos con los distintos países árabes se hacía cada vez más estrecha. Incluso la Libia de Gadafi empezó a modificar su discurso antiamericano y el dirigente libio empezó a codearse en las cumbres con los dirigentes americanos y europeos. Los acuerdos de Camp David de 1978, habían fortalecido una alianza con el ejército egipcio que conllevó intercambios y la formación de muchos de sus cuadros en las academias de Estados Unidos. Asimismo, las relaciones con Arabia Saudí y las monarquías del Golfo constituyeron un centro de negocios internacional con un fuerte desarrollo económico.

El nuevo orden mundial y la supremacía de Estados Unidos obligaron a otros actores mundiales a desarrollar políticas regionales propias. En este marco nació en 1995 el proceso de Barcelona, a pesar de que la CEE ya había

desarrollado algunas políticas económicas regionales en el marco mediterráneo. Sobre todo a partir de los años setenta y fruto del impacto de las crisis del petróleo y de la conflictividad que se venía desarrollando en la región. Los antecedentes del proceso de Barcelona fueron políticas centradas en estrategias de relación económica entre países, sin una política ni un planteamiento regional fuerte. El proceso de Barcelona fue un esfuerzo de la UE de establecer una política regional entre los países de ambas riberas del mediterráneo que tenía tres objetivos básicos: la definición de un área común de paz y estabilidad a través del refuerzo del diálogo político y la seguridad. La construcción de una zona de prosperidad compartida a través del partenariado económico y financiero y el establecimiento gradual de un área de libre comercio. Finalmente, el acercamiento entre la población a través del partenariado social, cultural y humano que ayudara al entendimiento entre culturas y animara los intercambios de la sociedad civil.⁸ (IEMed y IUEE, 2005).

El proceso de Barcelona no dio los frutos deseados, y diez años más tarde presentaba numerosas deficiencias y no había ayudado a los gobiernos a promover su desarrollo y su transición hacia la modernización, ni había logrado dotar a las fuerzas de la sociedad civil de la energía necesaria para impulsar las reformas (Amirah y Youngs, 2005:180). Todos los programas, especialmente el cultural, conservaron su carácter apolítico y apoyaron el statu quo; sin contribuir en modo alguno a un cambio en el reparto de poder de los regímenes autoritarios y los actores de las sociedades civiles del sur, no fueron lo suficientemente influyentes como para contar con el apoyo necesario para desarrollar y promover una transformación política (Menéndez, 2005). En general los temas relativos a la inmigración y la incapacidad de los actores políticos europeos para establecer negociaciones con los actores más moderados del islam político frenaron la iniciativa política. El conflicto árabe-israelí y el fracaso del proceso de paz acabaron embarrancando el proceso.

⁸ DOSSIER BCN+10: "L'Abecedari" del Procés de Barcelona. Disponible en el IEMed, Institut Europeu de la Mediterrània, <http://www.iemed.org/documents/abecedari.pdf>

Los países de la Unión Europea siguieron estableciendo relaciones bilaterales y aceptando tratos y políticas de apoyo político, económico y diplomático a los regímenes árabes que tenían a la sociedad civil y a la población en general de la mayoría de estos países sometida al miedo, a las dinámicas de corrupción y a la retórica del enemigo exterior.

El once de setiembre de 2001 marcó un punto de inflexión en la región. El terrorismo islámico, con Al Qaeda al frente, golpeó al corazón de la gran potencia mundial:

Los ataques fueron una humillación adicional ya que les devolvió con creces un ejemplo perfeccionado de la “guerra asimétrica” que por entonces estaban estudiando y poniendo en marcha (Veiga, 2009:335).

Significó por lo tanto un desafío que sirvió a Estados Unidos para responder con un ataque casi inmediato a Afganistán, con la aprobación de la comunidad internacional e introducir la idea de que

se trataba de “una guerra contra el terrorismo global”: es decir una retórica heredada de la Guerra Fría en la que se recuperaba la imagen de un gran adversario concreto, alguna forma de gran potencia y, tras ello, la idea de que detrás del nuevo combate universal se encontraba un estado responsable: ya fuera Afganistán -claramente insuficiente- o Irak y quizás Irán (Veiga, 2009:315).

La política regional quedó profundamente condicionada a la lucha contra el “terrorismo global”, que sirvió al islamismo radical para continuar su guerra dentro del islam y a la gran mayoría de los regímenes árabes para buscar su legitimidad en la retórica nacionalista y protectora del avance del islam político.

La guerra de Iraq dejó la imagen de Estados Unidos en la región profundamente debilitada. Las políticas unilaterales de los neoconservadores de G. Bush, no solo devastaron un país hasta sus máximas consecuencias sino que buscaron el enfrentamiento étnico y religioso dentro de la región. Sin embargo,

Washington perdió apoyos internacionales y gastó su último crédito moral obtenido el 11 S. De paso también desaparecieron los últimos vestigios de la posible utilidad del plan para democratizar y reorganizar Oriente Próximo (Veiga, 2008:315).

El Nuevo Orden mundial quedó profundamente cuestionado, la crisis financiera mundial de 2008 evidenció la pérdida de poder económico de la gran potencia en un mundo que volvía a dibujarse como multipolar. Y donde la sociedad civil empezó a tomar un papel importante, también en los países árabes, como quedó demostrado en las revueltas del 2011.

Las revueltas en el mundo árabe sorprendieron al mundo entero. Y cogieron por sorpresa a gobiernos, organismos internacionales, a los actores tradicionales de la oposición, y hasta a lo que se venía llamando la franquicia Al-Qaeda, que tuvieron que posicionarse ante unos sucesos imprevisibles, donde la voluntad subjetiva de una sociedad buscaba tomar decisiones, desencadenar procesos, abrir nuevas vías o romper las dinámicas político-sociales tradicionales vigentes hasta el momento (Vilanova, 2011).

El contagio de las protestas en Túnez, hacia Egipto y luego al resto de la región, ha abierto un proceso de transición regional, es decir, varios países con continuidad geopolítica han entrado en transiciones más o menos simultáneas, por causas internas específicas en cada uno de ellos aunque con ciertas características comunes, con resultados distintos y ritmos de consolidación también distintos (Vilanova, 2011).

Los regímenes tuvieron que posicionarse ante unas protestas que minaban su legitimidad y ante las cuales la represión se convertía en un arma contra ellos mismos ya que avivaba las protestas y ponía en peligro la estabilidad y la alianza con otros actores del régimen. Como hemos señalado, las respuestas fueron distintas en cada país, pero en todos ellos los gobernantes se vieron obligados a actuar ante las demandas de su población. Al mismo tiempo sin embargo, varios actores que formaban parte del régimen o habían colaborado con él y participado del sistema tuvieron que actuar. Se fortalecieron algunas alianzas regionales entre distintos regímenes para frenar los procesos de contagio de las revueltas, organizar la contrarrevolución o favorecer a los actores más afines en este nuevo proceso de transición regional.

Cabe destacar el papel de Arabia Saudita financiando a grupos de la oposición en los procesos de transición abiertos, el del CCG reprimiendo las revueltas en Bahrein, y abriendo las puertas de la organización a otras monarquías árabes como Jordania y Marruecos, o las condenas de la Liga Árabe primero a la represión en Libia y luego en Siria. La región se encuentra en un momento de recomposición, resurgen los viejos enfrentamientos entre los distintos líderes de la región, y aparecen actores de la misma área dispuestos a influir y adoptar un nuevo liderazgo regional. El papel de Turquía no solo como referente del nuevo islam político, sino como una potencia regional, o el papel de Irán, apoyando el cambio, sin dejar de mirar de reojo su oposición interna, ante lo que fueron los antecedentes más recientes de las revueltas árabes: las protestas del movimiento verde en 2009 tras el pucherazo electoral, o el protagonismo de Qatar en el ámbito diplomático y en el comunicativo después del papel jugado por Al-Jazeera ante las revueltas.

La victoria de Obama en las elecciones de Estados Unidos en 2009 y su discurso en El Cairo, significaron un cambio en las relaciones con el mundo arabomusulmán. Era un cambio de rumbo hacia una visión del mundo más multilateral. El ascenso de los BRIC y la crisis económica mundial no dejaban muchas más opciones a los Estados Unidos si quieren recuperar liderazgo y legitimidad internacional. A pesar de todo eso no significaba la opción de un cambio de regímenes en los países árabes. Obama en 2009, calificó a Mubarak como una “fuerza para la estabilidad y el bien” (Fontana, 2011:926). Las protestas en Túnez y en Egipto sorprendieron a Estados Unidos y al mismo ejército egipcio, “del cual en ese momento una parte del mando militar se encontraba en Virginia del norte, asistiendo a una reunión anual del Comité de Cooperación Militar egipcio-americano” (Fontana, 2011:926).

La fuerza del movimiento popular en Tahrir, obligó a Obama a posicionarse ante los sucesos y a intervenir provocando la caída de Mubarak y confiando en el ejército para dirigir una transición que garantizara la estabilidad del país:

Las inversiones del FMI y el Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo, a los que muy pronto se unieron grandes inversiones de Arabia Saudí y de Kuwait, buscaron asegurar la continuidad del programa neoliberal iniciado por Mubarak (Fontana, 2011:926).

La victoria electoral de los Hermanos Musulmanes asegura también las políticas económicas neoliberales, y su respeto al ejército y la estabilidad regional prometida los ha convertido en los nuevos aliados de Estados Unidos. Sin embargo, el proceso constituyente sigue abierto y Tahrir sigue demostrando capacidad de marcar la agenda política nacional e internacional.

Si Estados Unidos a pesar de la sorpresa supo virar su agenda política y leer rápidamente el significado de las revueltas, la Unión Europea, o mejor dicho el conjunto de políticas exteriores de los países de la Unión, no solo no supieron leer los aires de cambio, sino que fueron incapaces de aprovechar las oportunidades regionales que abrían los nuevos procesos de cambio. El apoyo de Francia a Ben Alí hasta el último momento y la incapacidad de pronunciarse contra Mubarak en Egipto, demostraba cómo las políticas regionales habían olvidado a la sociedad civil de estos territorios para satisfacer a los regímenes dictatoriales. La intervención en Libia demostró una vez más la incapacidad de la Unión Europea de erigir una política exterior única. Las discrepancias internas y el liderazgo de Francia y Reino Unido en la intervención demostraban la vigencia de los recelos coloniales en las políticas exteriores de ambos países.

A pesar de tener asegurados sus intereses económicos en Libia con Gadafi, las potencias occidentales se habían decantado a favor de las revueltas. La deriva hacia la guerra civil del conflicto social abierto por las protestas, dejó abierta la posibilidad de una intervención internacional a semejanza del intervencionismo humanitario aplicado en Yugoslavia. Esta vez bajo la fórmula "Responsability to Protect". La resolución 1973 del Consejo de Seguridad, tuvo consecuencias en la concepción del derecho internacional y sobre todo en el estancamiento posterior para frenar u organizar una intervención en Siria. El fracaso de la comunidad internacional en Siria es en parte consecuencia de la acción en

Libia. Del mismo modo que la conflictividad en Mali es fruto de esa guerra y de la incapacidad de buscar nuevas formas de protección y garantizar la seguridad humana en los procesos de intervención.

La guerra civil en Libia, y la represión en Bahréin y en Yemen, fueron el primer freno al proceso revolucionario regional. Las protestas se extendieron por toda la región, y sin embargo las consecuencias respondieron a las dinámicas internas de cada país. La guerra civil en Libia y sobre todo en Siria, donde se está prolongando mucho más en el tiempo, tienen un impacto regional de gran envergadura. La guerra en Siria es el campo de batalla entre los distintos actores regionales de influencia en Oriente Próximo. Turquía, Arabia Saudí, Qatar, Irán, Israel, y las potencias occidentales buscan favorecer sus intereses regionales. Mientras la población y la sociedad civil que se organizó para pedir dignidad y justicia y derrocar el régimen sufre las peores consecuencias.

La inestabilidad siria genera una nueva oleada de refugiados a diario, que se une a las olas de refugiados de Irak y Palestina y que hacen de la región una de las zonas del mundo con más refugiados. Las revueltas árabes han cambiado el panorama regional, los procesos siguen en su mayoría con un final abierto dónde la región ya no volverá a ser como antes. En el nuevo mundo árabe la sociedad civil tendrá un papel destacado y se tendrá que contar con ella en la nueva configuración regional.

Bibliografía

Al Aswani, Alaa (2011). *Egipte: les Claus d'una revolució inevitable*. Barcelona, Edicions de 1984.

Al Faisal, T. (2011). "Tour D'horizon". *Real Instituto Elcano*, 26 septiembre.

Al-faqih, A. (2011). "El levantamiento Yemení: imperativos para el cambio y riesgos potenciales". *Real Instituto Elcano, ARI*, 58.

Álvarez-Ossorio, I. (2009). *Siria contemporánea*. Síntesis, Madrid.

Alvarez-Ossorio, I. (2011). "Las paradojas del islam político en Siria". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* no. 93, pp.163–178.

Álvarez-Ossorio, I. y Gutiérrez, I. (ed.). (2011). *Informe Sobre Las Revueltas Árabes: Túnez, Egipto, Yemen, Bahrein, Libia y Siria*. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid.

Álvarez-Ossorio, Ignacio. (2012). "Primavera democrática árabe: ¿otoño islamista?" a Mesa, M. (coord). (2012). "Cambio de ciclo: crisis, resistencias y respuestas globales". *Anuario 2012-2013*. Ceipaz- Fundación Cultura y Paz, Madrid.

Amirah H. y Soler, E. (2011). "Hacia un cambio de paradigma en las relaciones euromediterráneas". *Real Instituto Elcano, ARI*, 76.

Amirah, H. (2011a). "El fin de Gaddafi y la difícil (pero no imposible) construcción de una Libia estable y próspera". *Red Iberoamericana de Estudios Internacionales*, <http://ribei.org/2195/>.

Amirah, H. (2011b). "La caída de Ben Ali: ¿hecho aislado o cambio de paradigma en el Mundo Árabe?". *Real Instituto Elcano, ARI*, 14.

Amirah, H. (2011c). "Relaciones Internacionales del Golfo: intereses, alianzas, dilemas y paradojas". *Real Instituto Elcano, ARI*, 48.

Amirah, H. y Youngs, R. (coord.). (2005). *La Asociación Euromediterránea una década después*. Real Instituto Elcano/FRIDE.

ARAB Knowledge. Report 2009. Towards Productive Intercommunication for Knowledge (2009). Mohammed bin Rashid Al Maktoum Foundation-United Nations Development Programme, El Cairo-Dubai.

Arab Reform Initiative (2018). "Morocco (1996-2007): a decisive decade of reforms?" *ARI*. <http://www.arab-reform.net/morocco-1996-2007-decisive-decade-reforms>.

Arce, A. (2012). *Misrata calling*. Libros del K.O., Madrid.

Arteaga F. (2011a). "Cambios en el Mundo Árabe y sus repercusiones para España. Análisis de escenarios". *Real Instituto Elcano, DT*, 14.

Arteaga F. (2011b). "La OTAN en Libia" *Red Iberoamericana de Estudios Internacionales*. <http://ribei.org/2190/>.

Arteaga F. (2011c). "Siria: La caída del Régimen, entre la intervención externa y la guerra civil". *Real Instituto Elcano, ARI*, 160.

Arteaga F. (2011d). "Razones en contra de una intervención militar en Libia". *Real Instituto Elcano, ARI*, 54.

- Arteaga, F. (2011e). "Sobre la situación de seguridad en Yemen tras la renuncia del Presidente Saleh (actualizado a 28 de noviembre de 2011)". *Real Instituto Elcano, Nota para el "Observatorio: Crisis en el mundo árabe"*, nº 50, 29 de noviembre.
- Arteaga, F. (2012a). "Siria: la lenta marcha hacia la guerra civil". *Real Instituto Elcano, ARI*, 14.
- Arteaga, F. (2012b). "Sobre la situación de seguridad en Bahrein a 20 de febrero de 2012", *Nota para el "Observatorio: Crisis en el mundo árabe"*, nº 51, 20 de febrero, Real Instituto Elcano.
- Awad, I. (2011a). "La Transición en Egipto (I): Los Actores". *Real Instituto Elcano, ARI*, 144.
- Awad, I. (2011b). "Revolución En Egipto: 18 Días De Ira y De Esperanza". *Real Instituto Elcano, ARI*, 43.
- Awad, I. (2012). "Transición en Egipto (II): Confusión política y constitucional 15 meses después de la caída de Mubarak" *Real Instituto Elcano, ARI*, 39.
- Ayubi, N. (1996). *El Islam político: teorías, tradición y rupturas*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Ayubi, N. (1998). *Política y Sociedad En Oriente Próximo: La hipertrofia del estado árabe*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Azaola, B. (2011). "Luces y sombras en Egipto tras la salida de Mubarak". *Real Instituto Elcano, ARI*, nº 40.
- Bassets, Ll. (2012). *El año de la revolución*. Taurus, Madrid.
- Bessis, S. y Martín Muñoz, Gema (eds.) (2010). *Mujer y Familia En Las Sociedades Árabes Actuales*. Ediciones Bellaterra - Casa Árabe, Barcelona-Madrid.
- Bishara, M. (2012). *The Invisible Arab: The Promise and Peril of the Arab Revolutions*. Nation Books, New York.
- Borja, J. (2009) "Urbanización y democracia, una dialéctica inacabada" dentro de VV.AA. (2009) *Población y desarrollo en el Mediterráneo. Transiciones demográficas y desigualdades socioeconómicas*. Icaria, Barcelona, pp. 247-260.
- Briggs, A. y Burke, P. (2005) *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Taurus, Madrid.
- Bruce R. (2011). "Replanteando La narrativa Libia". *Real Instituto Elcano, ARI*, 96.

Bustos, R. (2011), *Election Report: Tunisia / Constituent Assembly Elections*. 23 October 2011, TEIM, Universidad Autónoma de Madrid, 27 de noviembre.

Carnegie Middle East Center. Carnegie Endowment for International Peace (2012), *Results of Egypt's People's Assembly Election*.

Casa Árabe (2011). *Atalaya sociopolítica de Casa Árabe*, Nº 14, Marzo/abril.

Castells, Manuel (2012). *Redes de Indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era de Internet*. Alianza, Madrid.

Claret, A. (2011). "Cuatro notas en torno a la 'revolución egipcia' de 2011". *Real Instituto Elcano, ARI*, 45.

Dabashi, H. (2011). *The Arab Spring: The End of Postcolonialism*. Zed Books, London.

Danielson, V. (1997). *The voice of Egypt. Umm Kulthum, Arabic song and Egyptian society in the twentieth century*. The University of Chicago press, Chicago.

Desrués, T. (2011). "Del cambio social a la transformación del régimen: individualización y acción colectiva de una nueva generación de jóvenes en Marruecos". *Real Instituto Elcano, ARI*, 85.

Driss, A. (2011). "reflexiones sobre la revolución tunecina". *Real Instituto Elcano, ARI*, n.34.

Dunne, M. et al. (2011). "Egypt's Democratic Transition: Five Important Myths About the Economy and International Assistance", Carnegie Middle East Center. Carnegie Endowment for International Peace.

Dyke, J. (2012). "Bahrain: The Opposition Radicalizes", *Al-Akhbar English*, 6 de Julio.

Echeverría, C. (2011a). "El papel de las fuerzas armadas sirias en el marco de las revueltas". *Real Instituto Elcano, ARI*, 102

Echeverría, C. (2011b). "Las Fuerzas Armadas y de Seguridad y las Revueltas en Túnez y Egipto". *Real Instituto Elcano, ARI*, 33

El-anani, K. (2011). "The New Islamist Scene in Egypt", *Al Ahram Weekly*, 23-29 junio.

El-shobaki, A. (2011). "Where Does the Brotherhood's Strength Lie?", *Al Masry Al Youm*, 22 de junio.

- Elzoghaimy, A. (2011). "Egypt post 25th of January: The opportunities and challenges of the transition period", *Arab Reform Initiative. Arab Reform Brief*, n. 50, 1 de setiembre.
- Elzoughby, M. (2011). "Egypt: Will Parliamentary Elections Unleash a Conflict Legitimacies?" *Arab Reform Initiative. Arab Reform Brief*, n. 53, 21 de diciembre.
- Escribano, G. (2011a). "Cambio político y economía en el Mundo Árabe: Algunas implicaciones para España". *Real Instituto Elcano, ARI*, 49.
- Escribano, G. (2011b). "Energía en el Norte de África: vectores de cambio" *Real Instituto Elcano, DT*, 13.
- Escribano, G. (2011c). "La Agencia Internacional de la Energía responde a la crisis Libia". *Boletín Elcano*.
- Escribano, G. (2011d). "Marruecos En El Nuevo Mapa Económico Mediterráneo" *Real Instituto Elcano, ARI*, 117.
- Escribano, G. (2011e). "Una Agenda Energética para Libia: Seguridad, Reconstrucción y Gobernanza". *Real Instituto Elcano, ARI*, 150.
- Filiu, J.P. (2011). *The Arab revolution: ten lessons from the democratic uprising*. Oxford University Press, Oxford.
- Fontana, J. (2011). *Por el bien del Imperio: Una historia del mundo desde 1945*. Pasado & Presente, Barcelona.
- Ghonim, W. (2012). *Revolution 2.0: The Power of the People Is Greater Than the People in Power: A Memoir*. Houghton Mifflin Harcourt, New York.
- Graziano, T. (2011) "The Tunisian diaspora: between 'Digital Riots' and Web Activism." *Social Science Information* 51, no. 4 (2012): 534–550.
- Hill, Ginny y Boucek, Christopher (2011). "Yemen, Saudi Arabia, and the Gulf States", Carnegie Middle East Center. Carnegie Endowment for International Peace, 19 de mayo.
- Hirschkind, Charles (2010). "New Media and Political Dissent in Egypt", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXV, n.1, enero-junio, pp. 137-154.
- IEMed y IUEE. (2005). *DOSSIER BCN+10: "L'Abecedari" del Procés de Barcelona*. IEMed. <http://www.iemed.org/documents/abecedari.pdf>

Izquierdo, F. (2009). *Poder y Regímenes en el Mundo árabe Contemporáneo*. CIDOB. Barcelona.

Jelloun, T. (2011). *La primavera árabe: El despertar de la dignidad*. Alianza Editorial, Madrid.

Kadry, Said, Mohamed et al. (2011). "Egypt's Transition and the Challenge of Security Sector Reform", Carnegie Middle East Center. Carnegie Endowment for International Peace, 18 de mayo.

Kéfi, R. (2011). "Túnez entre dos épocas", *Afkar / Ideas*, n. 29, primavera.

Khader, B. (2010). *El Mundo Árabe explicado a Europa: Historia, imaginario, cultura, política, economía, geopolítica*. Icaria editorial, Barcelona.

Khamis, S. (2011). The Transformative Egyptian Media Landscape : Changes, Challenges and Comparative Perspectives», *International Journal of Communication*, n. 5, pp. 1159-1177.

Khiabany, G. "Arab Revolutions and the Iranian Uprising: Similarities and Differences." *Middle East Journal of Culture and Communication* 5, no. 1 (2012): 58–65.

Khouni Messaoud, Rim (2012). "Ennahda ou les dilemmes d'une "victoire"" Centre Tricontinental (CETRI) - Louvain-la-Neuve (Belgique)-, 11 de julio.

Knipp, K.(2012). "Struggle for Inner Peace", *Qantara.de*, 2 de Julio.

Lamloum, O. (2006). *Al-Jazira, espejo rebelde y ambiguo del mundo árabe*. Hacer, Madrid.

Lizza, R. (2011). "The Consequentialist", *The New Yorker*, 2 de mayo.

Lloret, J. F. (2012). "La Unión Europea ante la crisis libia: ¿Derecho Internacional, Democracia y Derechos Humanos en las relaciones Euromediterráneas?" *Revista de Derecho Comunitario Europeo* 41, no. 16 (2012): 13–56.

López, B. (2011), Real Instituto Elcano, "Nota para el "Observatorio: Crisis en el mundo árabe", nº 39, 4 de julio.

López, B. y Hernando, M. (2011). *España, el Mediterráneo y el Mundo Arabomusulmán: Diplomacia e Historia*, Icaria-Institut Europeu de la Mediterrània, Barcelona.

Majdoubi Bahida, El Houssine, (2011). "Las revoluciones democráticas en el mundo árabe. El papel de las televisiones por satélite e internet". *Infoamérica*, nº5, pp.135-48.

Malamud, Carlos. (2011). "América latina frente al conflicto libio: Respuestas a la Resolución 1973". *Real Instituto Elcano, ARI*, 62.

Mangas, A. (2011a). "Cambios políticos en Egipto: la viabilidad del modelo turco en el país de los faraones", *Real Instituto Elcano, ARI*, 116.

Mangas, A. (2011b). "La Autorización del uso de la fuerza armada en Libia". *Real Instituto Elcano, ARI*, 57.

Martín Muñoz, G. (1999). *El Estado Árabe: Crisis de legitimidad y contestación islamista*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.

Martine, G., (2009). "Uso sostenible del espacio urbano con fines sociales: un enfoque que beneficie a todos" dentro de VV.AA. (2009). *Población y desarrollo en el Mediterráneo. Transiciones demográficas y desigualdades socioeconómicas*. Icaria, Barcelona. pp.207-235.

Martínez, G. (2011a). "Elecciones a La Asamblea Constituyente de Túnez: Claves del nuevo juego electoral" *Real Instituto Elcano, ARI*, 136.

Martínez, G. (2011b). "Reformar el sistema político en Túnez: retos y necesidades para la nueva etapa". *Real Instituto Elcano, ARI*, 36.

Martínez, L. (2011). "L'Algérie: un calme trompeur". *Brief n. 25, EuroMesco- IEMed*, 21 de noviembre.

Menéndez, I. (2005). "Arab Reform: What Role for the EU?". *IRRI-KIIB, Egmont Paper nº 8*, Brussels.

Meneses, R. (2012) "Libia después de Gadafi: Los retos y desafíos que afronta el país en la construcción de la democracia", a Mesa, M. (coord).(2012). "Cambio de ciclo: crisis, resistencias y respuestas globales". *Anuario 2012-2013*. Ceipaz- Fundación Cultura y Paz, Madrid.

Merlini, C. y Roy, O. (2012). *Arab Society in Revolt: the West's Mediterranean Challenge*. Brookings Institution Press, Washington.

Mhenni, L. (2011). *La revolución de la dignidad*, Barcelona, Ediciones Destino.

Mohsen-finan, K. (2011). "La 'excepción marroquí' en las revueltas árabes", *El País*, 30-06.

Mundy, J. (2012). "Militia politics in Libya's national elections", *Foreign Policy*, 5 de julio.

Naím, M. (2011). "Why Libya, But Not Syria?", *Huffington Post*, 18 de mayo. Reproducido por Carnegie Middle East Center. Carnegie Endowment for International Peace.

Nair, S. (2012). *La lección tunecina: Cómo la revolución de la Dignidad ha derrocado al poder mafioso*. Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Nasr, V. (2010). *The Rise of Islamic Capitalism: Why the new Muslim middle class is the key to defeating extremism*. Free Press, New York.

Núñez, J.A. (2011). "Libia: prueba de fuego para la comunidad internacional". *Boletín Elcano*.

Núñez, S. (2011). "Cambios políticos en Egipto: La viabilidad del modelo turco en el país de los faraones". *Boletín Elcano*.

Padilla, Margarita. (2012). *El kit de la lucha en Internet, Traficantes de sueños*, Madrid.

Pappé, I. (2005). *The Modern Middle East*. Routledge, London.

Pierret, T. (2012). "Syrie, possible succès des rebelles", *Le Monde*, 2 d julio.

Planet, A. (2011). "El Estado Marroquí Ante Sus Emigrantes y La ciudadanía Marroquí en la diáspora", *Red Iberoamericana de Estudios Internacionales*. <http://ribei.org/2187/>.

Planhol, X. (1998). *Las Naciones del Profeta: Manual de geografía política musulmana*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.

PNUD (2009). *Arab Human Development Report 2009*. Nueva York, United Nations Development Programme-Regional Bureau for Arab States (RBAS), (printed in Beirut, Lebanon).

Pommier, S. (2009). *Egipto: las cadenas de Prometeo*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.

Quintana, Y. y Tascón, M. (2012). *Ciberactivismo: las nuevas revoluciones de las multitudes conectadas*. Los Libros de la Catarata, Barcelona.

Reinares, F. (2011a). "¿Se Convertirá Libia En Una Nueva Somalia? La Hipótesis de un escenario Yihadista tras el enfrentamiento civil". *Boletín Elcano*.

Reinares, F. (2011b). "¿Será al-Qaeda una amenaza para el cambio político en Egipto?". *Real Instituto Elcano, ARI*, 35

Rodríguez, C. (2011). "¿Turquía Como Modelo Para Las Transiciones Árabes?". *Real Instituto Elcano, ARI*, 118.

- Rodríguez, O. (2012). *Yo muero hoy: Las revueltas en el Mundo Árabe*. Debate, Barcelona.
- Sabry, T. (2012). "On Historicism, the Aporia of Time and the Arab Revolutions." *Middle East Journal of Culture and Communication* 5, no. 1 (2012): pp. 80–85.
- Safir, N. (2011). «L'Algérie et le "printemps arabe: un contexte singulier, à court terme, et des perspectives communes, à long terme"», *Brief* n. 15, EuroMesco- IEMed, 21 de septiembre.
- Saldaña, Marta. (2011) "El Golfo Ante La 'revolución Árabe': ¿tiempo para el cambio político?". *Real Instituto Elcano, ARI*, 55.
- Sandiumenge, L. (2012). *Guerrillers del Teclat: La revolta dels bloguers arabs des de dins*. La Magrana, Barcelona.
- Sanger, D. E. (2011). "Obama Presses Egypt's Military on Democracy". *The New York Times*, 11 de febrero.
- Sanger, D. E. y Schmitt, Eric (2011). "U.S.-Saudi Tensions Intensify With Mideast Turmoil". *The New York Times*, 14 de marzo.
- Sáez Sipmann, (2012). "Crisis en Egipto, entre religión y la economía". Real Instituto El Cano. *ARI* nº91.
- Sebag-Montefiore, S. (2011), "Siria, el zarpazo de un tigre herido". *El País*, 25 de diciembre.
- Segura, A. (2001). *Más allá del Islam: Política y conflictos actuales en el mundo musulmán*. Alianza Editorial, Madrid.
- Segura, A. (2011). "Transición española y revueltas árabes". *Afkar*, n.31, pp. 26-29.
- Segura, A. (2012). "Reflections on the Arab uprisings". *Catalan International View*, n. 11, pp. 24-29.
- Seigneurie, K. (2012). "Discourses of the 2011 Arab Revolutions." *Journal of Arabic Literature* 43, no. 2–3 (2012): 484–509.
- Severo, M. "Egyptian E-diaspora: Migrant Websites Without a Network?" *Social Science Information* 51, no. 4 (2012): 521–533.
- Shalim, Avi. (2003). *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*. Almed, Granada, 2003.

Shear, M. D. (2011). "Obama Offers Defense on Budget and Egypt". *The New York Times*, 15 de febrero.

Sorroza, A. (2011a). "Intervención en Libia: Un puzle de intereses europeos". *Real Instituto Elcano, ARI*, 80.

Sorroza, A. (2011b). "La UE ante los procesos de cambio en el Mediterráneo: una oportunidad para articular una política coherente con sus intereses y principios" *Real Instituto Elcano, ARI*, 41.

Stiglitz, J. E., Schiffrin A., Kircher-Allen, E. y Sachs, J.D. (2012). *From Cairo to Wall Street: voices from the global spring*. New Press, New York.

Ternisien, X. (2007). *Los Hermanos Musulmanes*. Edicions Bellaterra, Barcelona.

THE PEW RESEARCH CENTER (2011). *Global Digital Communication: Texting, Social Networking Popular Worldwide*. Global Attitudes Project.

Thieux, L. (2011). "La sociedad civil y las perspectivas de cambio político en Argelia". *Real Instituto Elcano, ARI*, 68.

Torres M. R. (2011). "¿Qué Nos Dice La Propaganda Yihadista Sobre Las Revueltas Del Norte De África?" *Real Instituto Elcano, ARI*, 63.

Tourabi, A. (2011). "Réforme constitutionnelle au Maroc: une évolution au temps des révolutions". *Arab Reform Initiative. Réforme Constitutionnelle*, noviembre de 2011.

Tozy, M. (2011a). "La Constitución de España nos ha inspirado" [entrevista]. *El País*, 29-06.

Tozy, M. (2011b). «Le PJD voulait être le parti du roi !» [entrevista]. *Jeune Afrique*, 24-11.

Varona, C. (2011a). "¿Democracia Árabe? una presencia que se abre paso más allá del espejismo". *Red Iberoamericana de Estudios Internacionales*. <http://ribei.org/2185/>.

Varona, C. (2011b). "El islamista al-Nahda, partido vencedor en las primeras elecciones tunecinas libres". *Real Instituto Elcano, ARI*, 149.

Veiga, F. (2009). *El desequilibrio como orden: una historia de la posguerra fría, 1990-2008*. Alianza Editorial, Madrid.

Vidal, L. (2012). "Syria, Vertigo in the Face of a Radicalised Revolution and an Uncertain Future". *Anuario del Mediterráneo*. IEMED. Barcelona.

Vilanova, P. (2011). “Movimientos de cambio en el mundo arabe: una transición regional?” a *Anuario del Mediterráneo*, Barcelona, Iemed, 2011.

VV.AA, (2009) *Población y desarrollo en el Mediterráneo. Transiciones demográficas y desigualdades socioeconómicas*. Icaria, Barcelona.

Worth, R. y Kirkpatrick, D. (2011). “Seizing a Moment, Al Jazeera Galvanizes Arab Frustration”, *The New York Times*, 27 de enero.

Yaniz, Federico. (2011). “El Diálogo Mediterráneo En La OTAN y Las Crisis Árabes”. *Red Iberoamericana de Estudios Internacionales*. <http://ribei.org/2191/>.

Zaid, A. (2012). “Youth’ Inclusion in Yemen: a Necessary Element for Success of Political Transition”. *ARI*. <http://www.arab-reform.net/%E2%80%9Cyouth%E2%80%9D-inclusion-yemen-necessary-element-success-political-transition>.

Zgurić, B. (2012). “Challenges for Democracy in Countries Affected by the ‘Arab Spring’.” *Islam and Christian-Muslim Relations* 23, no. 4 (2012): 417–434.

Zhuo, X. (2011). “Egypt: The First Internet Revolt?”. *Peace and Freedom* 36 (2011): 6–10.